

Vasto Mundo

El espejo retrovisor

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

Rosario.

CONICET



Recorridos



Indices

I E C H



BANCO
MUNICIPAL
DE ROSARIO

Casa Central: San Martín 730 / Tel 4256666 y líneas rotativas.
Sucursales: Caferatta 702 / Córdoba 8032 / Necochea 1225 / San Martín 2884.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CONICET



I E C H

Editorial

LA DIVERSIDAD ES UNO DE LOS BIENES CON QUE SIEMPRE CONTÓ LA CIUDAD. En el campo de la cultura la expresión de la diversidad se comenzó a hacer sentir en los últimos quince años. ¿Cómo? A través de las pautas de consumo cultural que marcaba la gente. Situaciones que antes eran consideradas fuera de la cultura comenzaron a entrar en ese terreno que algunos custodiaban con incienso y otras santificaciones. Los rosarinos empezaron a sentirse sujetos de la cultura. Es decir, hacedores de la cultura por el hecho de desear, por el hecho de ver satisfechos sus gustos y por situarse con dignidad desde sus propuestas. El nacimiento y desarrollo de esta actitud, de ampliar el concepto de sujetos de la cultura, de entender que todo ciudadano hace a la cultura del lugar en el que vive, fueron cimentando el sentido de lo propio.

PEGADA A BUENOS AIRES DURANTE GRAN PARTE DE SU HISTORIA CULTURAL, la ciudad evidencia hoy que la gente que hace y consume su cultura ya no tiene como horizonte final el reconocimiento y la adaptación de las normas porteñas. El camino es largo y está lleno de escollos, pero la gente que se siente haciendo la cultura de la ciudad sabe que para que una cultura sea un organismo vivo no puede sólo nutrirse de lo que sucede en otro sitio, con la sangre y la savia de los otros. No basta repetir lo que otros hacen —o en realidad, también repiten, sólo que copiando alguna otra capital cultural—. Copiar es más fácil y seguro, pero a la larga sólo deja un sentimiento de vacío.

LA SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN NO LES TEME A LOS DESAFÍOS. En su lectura de las necesidades culturales, la Secretaría advierte ese pasaje hacia una concepción más propia de lo cultural, donde el crecimiento de la ciudad juega un papel significativo, porque entender a la cultura de un lugar ya no es posible sólo con un análisis de la sociedad.

HOY EN DÍA LA CIUDAD SE HA CONVERTIDO EN EL OBJETO DE ESTUDIO, por decirlo así, para aprehender el latido cultural de la gente. Las relaciones que genera la ciudad son el lugar donde debe leerse el estado de la cultura, donde debe pegarse la oreja para escuchar el pulso de un torrente creativo que, los rosarinos bien lo saben, no cesa.

La Secretaría

Vasto Mundo 18

Tercera Época,
marzo de 2000.
Revista de la Secretaría de
Cultura y Educación de la
Municipalidad de Rosario.
Con la colaboración de la
Dirección de Comunicación
Social Municipal.

Autoridades Municipales:

Intendente

Hermes Binzer

**Secretario de Cultura
y Educación**

Marcelo Romeo

Director

de Comunicación Social

Rubén Galassi

Edición

Gastón D. Bozzano

Fernando Toloza

Diseño

Liliana Agnellini

Pablo Cosgaya

Marcela Romero

Producción gráfica

Héctor Gasti

Corrección

Juan Aguzzi

Preimpresión

e Impresión

Escuela de Artes Gráficas del

Colegio Salesiano San José

Fotos de tapa y contratape:

Guillermo Mieres de la Ciudad

Los artículos firmados
no expresan necesariamente
la opinión de Vasto Mundo.

Tirada: 12.000 ejemplares.



22 Teatro

32 Transformaciones

40 Música

42 Dibujantes

46 Cine y video

48 Rescates

50 Escritores



4 Sobre la edición

6 Sobre el diseño





Notas

8 Huéspedes de un día

14 «¿Tenéis un río?»

18 Fantasmas de lo nuevo

26 El absurdo en la aldea

30 Babel en Echesortu

36 Vivir a bordo

52 La ciudad imposible



60 Índices



Archivos de **Vasto Mundo** de las Américas Argentinas | www.ahira.com.ar
más vasto es mi corazón

Carlos Drummond de Andrade

CONICET



I E C H

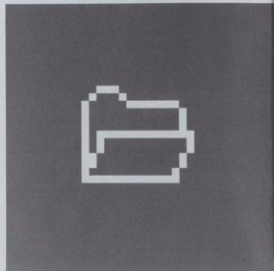
TEXTO FERNANDO TOLOZA / GASTÓN BOZZANO

LA HISTORIA DE UNA MIRADA

Las partes por el todo

EL 2000 ES UN NÚMERO CONTUNDENTE. Polémicas aparte sobre cuándo se inicia el nuevo milenio, la cifra ofrece un sitio, relativamente apacible, desde el cual poder hablar del pasado y del presente. Desde su inicio en 1987 y hasta el 2000, **Vasto Mundo** editó 17 números y fue sostenida por tres gestiones municipales distintas, que vieron en la revista una necesidad impostergable de un medio de comunicación que abordase, con criterio amplio, la cultura de la ciudad. En esos años —hay que aclarar que desde 1989 hasta 1994 la revista no salió— **Vasto Mundo** trazó una historia de la ciudad y su cultura.

Para sintetizar esa historia se ha preparado este número especial. La historia es del color del cristal con que se mire. Contra esa noción, de fácil relativismo, **Vasto Mundo** construyó su mirada. El desafío era la objetividad, era sostener una mirada que no atrofiase el objeto sobre el que se posaba. Hay ejes que atraviesan la revista en todas sus épocas. Hay pasos fugaces, y momentos de ombligo. Hay transformaciones de un número a otro. Reuniremos, literalmente todas las



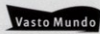
revistas en una era un ejercicio farragoso, armar un volumen monstruoso donde se corría el riesgo de perder, justamente, lo que se quería mostrar: el espíritu atento al registro de la realidad, la atención al pasado y la lucha contra el olvido.

Este número no es una antología. Cada artículo de **Vasto Mundo** es único. Dirte cómo fue, cómo se pudo haber sido, mejores que otros; equivocados y acertados; premonitorios y pasados de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | WWW.AMIRA.COM.AR



I E C H





Notas



Recorridos



Indice

moda. Pero ese es el riesgo de hacer una revista y también una comprobación de que la realidad se modifica y deja a sus eventuales interpretaciones en off side, y en otras ocasiones las confirma, dando la impresión de que se la puede mensurar y prever. El mayor truco de la realidad es hacer creer a sus analistas que es previsible.


A su manera, cada artículo dice algo sobre la ciudad y la cultura. La selección de las notas que se reproducen obedece, sin duda, a un criterio valorativo. El valor en juego es el de la representatividad. No se trata de que sean las mejores, sino de que son las más representativas de la búsqueda que **Vasto Mundo** sostuvo en sus distintas épocas.

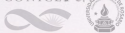
Las notas seleccionadas responden, entre otras cuestiones, a los siguientes puntos: registro de la realidad cultural; ampliación de los límites del concepto de cultura; hitos en la historia cultural de la ciudad que, por algún motivo, no fueron tenidos en cuenta en su época; cuál es el sitio de los creadores, la individualidad y el trabajo de grupo, y

la mirada de los otros sobre la ciudad, este último punto como un contrapeso en la apreciación local y en los riesgos de la subjetividad que puede acarrear la falta de distancia con el sitio en que se vive.

Las notas solas perderían el espíritu de la revista. Por eso en las distintas variantes de la sección Recorridos se muestra cuál fue la mirada de **Vasto Mundo** sobre el conjunto de la cultura de la ciudad. Decir que las clasificaciones son arbitrarias es una excusa para la inoperancia. Las clasificaciones son una clave de acceso al mundo de la cultura de la ciudad y tratan de ser exhaustivas en su brevedad.

En tantos años transcurridos desde el primer número de **Vasto Mundo**, la historia que trazó la revista está dispersa, e incluso conseguir ejemplares de las primeras épocas es una tarea ardua para cualquier lector. Por ese motivo este número especial incluye un detallado índice donde se da cuenta de qué artículos se publicaron en la revista, por quienes fueron escritos. A la manera de un buscador en una página de Internet,

consultando este número se puede reconstruir también la historia de los intereses que movilizaron a los rosarinos en las dos últimas décadas y su reflejo y lectura en **Vasto Mundo**. Este número 18 quiere cumplir, por último, otra de las premisas que siempre animaron a **Vasto Mundo**: ser una revista coral, donde las voces de la cultura vayan desde el barrio a las luces del centro y a lo que vendrá. 



TEXTO PABLO COSGAYA

CADA ÉPOCA, UNA IMAGEN

Tres vueltas al mundo

EL INICIO FUE EN 1987, VASTO MUNDO nació claramente como revista de cultura. En la Primera Época su diseño editorial mantuvo una prolija convivencia con los criterios de imagen institucional de la entonces Subsecretaría de Cultura de la Municipalidad.

El primer diseñador de Vasto Mundo, Omar Núñez, marcó a fines de los 80 el camino a los profesionales más jóvenes.



Número 1. Tapa del primer número diseñado por Omar Núñez

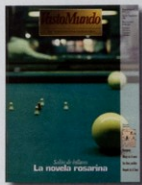
Concentró todo el impacto en la tapa, el único elemento a color. Dentro de cada revista, las notas se sucedían con regularidad, con austeridad de recursos, explotando al máximo las posibilidades que ofrecía la técnica de autoedición, todavía en pañales.

La Segunda Época

A partir del número 5, la revista vivió un profundo replanteo editorial y gráfico. El segundo equipo de diseño —dirigido por Edgardo «Maneco» Martignoni— tomó la posta y se puso a trabajar en una nueva propuesta: se incorporaron adelantos periodísticos que hasta el momento no habían sido empleados. Se definieron secciones, la estructura de cada nota ganó en profundidad, y se dio lugar a recursos nuevos: bajadas, destacados, recuadros.

Mediante el uso de fondos de color, retoques y efectos fotográficos, la revista se volvió colorida y densa. Su lenguaje se suscribió a los adelantos de la tecnología.

En esos años, nuevos programas de maquetación y de diseño gráfico,



Número 5. Tapa del primer número diseñado por Maneco Martignoni

digitalización de imágenes, sistemas de preimpresión, entre otros adelantos, iniciaron una profunda y definitiva modificación en las condiciones de producción editorial.

La Tercera Época

Desde el número 11, se propuso reelaborar la propuesta de la revista una vez más, y los nuevos editores convocaron a Cosgaya Diseño con objetivos bien definidos. Se trató de reducir los costos de producción,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.arra.com.ar



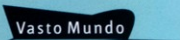
La marca



El primer logotipo es simple, legible y enorme. El símbolo, compuesto con una familia itálica en blanco sobre negro, no identifica por sí solo. Nos encontramos frente a la potente identidad de un logotipo-tapa.



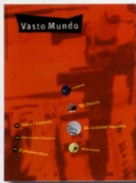
Lo sigue un logotipo que se ajusta a la propuesta tipográfica anterior: la complejiza con el agregado de fondos de color y texturas. Por un lado el respeto al pasado, y por el otro la irrupción del lenguaje tecnológico.



El de hoy es un logotipo mutante: tres propuestas en una sola, tres formas-fondo para palabras compuestas en tipografía exclusiva. Tres fondos negro que pueden ser perfiles urbanos o seres indefinidos del Vasto Mundo.

redefinir e incorporar nuevos recursos periodísticos, sin alterar la calidad del producto final. El desafío principal estaba en cómo «disimular» la reducción de pliegos a color. Se trató de mostrar más con menos, pensando alternativas impactantes para cuando se dispusiera de cuatro tintas o versiones adaptadas a una sola.

Esta exigencia significó pensar el proyecto de nuevo. Y la participación de los editores fue fundamental: cómo decir las cosas desde el texto, desde las imágenes y desde el diseño. Se definió un juego de retículas con interlínea fija para las distintas secciones y se normalizó el uso de elementos secundarios (foliado, volantas, epígrafes, etc.) para ganar coherencia. Se prestó especial cuidado al cálculo tipográfico y al rendimiento de las familias seleccionadas, para racionalizar la producción. También se estudió cómo establecer distintas jerarquías para resolver la demanda de los nuevos recursos periodísticos y se puso particular atención al color tipográfico de los bloques de texto para ganar legibilidad.



Número 11. Tapa del primer número diseñado por Cosgaya Diseño.

A través de las distintas etapas por las que ha transcurrido, **Vasto Mundo** se mantuvo siempre como un generoso campo de expresión para los productores locales: escritores, periodistas, fotógrafos, diseñadores, artistas, músicos, dibujantes, investigadores.

Como no sucede con frecuencia, esta revista estuvo siempre desde su nacimiento por un único compromiso: producir cultura.



The Grand-Hotel

(EX-FRANCE ET D'ANGLETERRE)

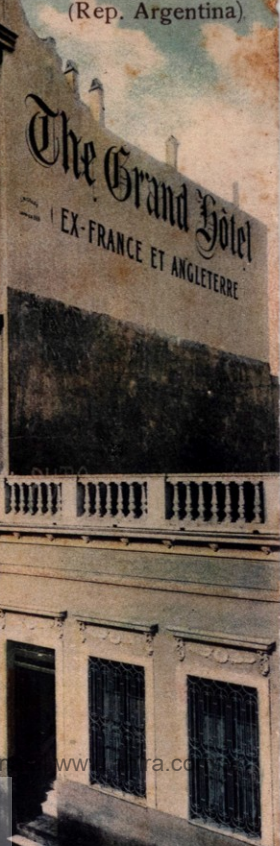
Calle Córdoba 625

de

Albert H. Goliste.

Recuerdo
del Rosario de Sta. Fé
(Rep. Argentina)

The Grand Hotel
EX-FRANCE ET ANGLETERRE



Argentina - Rosario de Sta. Fé - Argentina - www.rosario.com.ar

CONICET



IECH

Huéspedes de un día

Considerada más de una vez como lugar de paso, la ciudad fue un escenario donde numerosos escritores encontraron un motivo de inspiración para reír o emocionarse.

SELECCIÓN FERNANDO TOLOZA
FOTOS MUSEO DE LA CIUDAD

Las vastas llanuras

Antes de llegar a Rosario cruzamos el Saladillo, corriente de aguas cristalina pero demasiado salobre para ser potable. Rosario es una gran ciudad, edificada en una meseta horizontal levantada sobre el Paraná unos 18 metros. El río aquí es muy ancho y tiene numerosas islas, bajas y frondosas como también la ribera opuesta. La vista del río parecería la de un gran lago, a no ser por las islas en formas de delgadas cintas, únicos objetos que dan idea del agua corriente. Los farallones constituyen la parte más pintoresca; unas veces son todos verticales y de color rojo, y otras se presentan en grandes masas hendidas, cubiertas de cactus y mimosas. Pero la verdadera grandeza de un río como éste deriva: 1), de constituir un importante medio de comunicación y comercio entre los

países por donde pasa; 2), de la vasta extensión de su comarca, y 3), del vasto territorio que avena la mole inmensa de agua que arrastra su curso.

Por espacio de muchas leguas al norte y sur de San Nicolás y de Rosario el terreno es realmente llano.

Todo cuanto los viajeros han escrito sobre su perfecta horizontalidad apenas puede tildarse de exagerado.

Charles Darwin
«El viaje del Beagle», 1831

El enemigo de Rosas

Descendimos el río, y el Blanco atracó a las barrancas del Espinillo, puerto intermedio entre el Convento de San Lorenzo y la villa del Rosario. Descender a tierra y montar a caballo fue la obra de algunos minutos. ¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en horizonte, la Pampa, que había descrito en el Facundo, sentida, por intuición, pues la veía por primera vez en mi vida! Paréme un rato a contemplarla, me hubiera quitado el quepí para hacerle el saludo de respeto, si no fuera necesario primero conquistarla, someterla a punta de espada, así, ¡cuánta rebeldía que hace cuarenta años lanza jinetes a desmoronarse, bajo el pic de sus

caballos, las instituciones civilizadas de la ciudad. Echéme a correr sobre ella, como quien toma posesión y dominio, y llegué en breve al campamento del Coronel Basavilbaso, a orientarme y pedir órdenes para el desembarco de mi parque de tipos, tinta y papel para hacer jugar la palabra.

Permítame el lector contar todo como ha sucedido. Si por modestia omito un detalle, no comprenderá cuánto más tarde ha ocurrido. Hay en ello más que vanidad pueril, tributo debido a las ideas y muestra clara del espíritu de los pueblos, y las esperanzas y objeto de la revolución incompleta aún.

Seis personas encontré que regresaban a la villa del Rosario, los seis montados en silla, a la inglesa y sin mandil. Acerquémeme a uno, y dije: Usted perdone, señor. ¿Supongo que son ustedes vecinos de Rosario? Y a un signo afirmativo: ¿A quién debo dirigirme para que se prepare una casa para la Imprenta del Ejército? —¿Es usted el señor Sarmiento? Y con mi asentimiento todos se descubrieron, cambiando las maneras respetuosas pero indiferentes en las manifestaciones más vivas de simpatía, y me parece que algo de entusiasmo. Me dijeron que no pensase en nada, que ellos se hacían un deber de arreglarlo todo, y se despidieron llevando al Rosario la www.rosario.com.ar

Al día siguiente fuime, en efecto, al Rosario, donde me estaba destinada y



Archivo Histórico de Revistas Argentinas |

Visión de naturalista. Darwin quedó deslumbrado por el Paraná, pero la llanura no le pareció gran cosa.

preparada la casa de Santa Coloma, una de las más cómodas, y capaz de hospedar veinte personas.

El juez de paz D. Marcelino Bayo y los comerciantes vecinos acudieron en el acto, y cuanto la hospitalidad más exquisita y la buena voluntad pueden, se puso a mi disposición. Un señor Maldonado, vecino, me decía: Esa gente que pasa mirando es por verlo, porque todos saben que ha llegado. Sus escritos de usted los saben de memoria todos. Argirópolis lo tienen hasta los soldados, y los que nada han leído saben por la Gaceta, que es usted el enemigo más terrible que ha tenido Rosas.

Domingo Faustino Sarmiento
«Campaña del Ejército Grande»,
1852



Casi un gaucho. Sarmiento sintió por primera vez la grandeza de la Pampa en Rosario.

Florencio noctámbulo

De noche, Sánchez merodea por el teatro La Comedia, se confunde con la bohemia de periodistas, cómicos y cantores de melena poéticas y grandes corbatas con mariposas que toman una horchata de chufas en la botiglería de Tozzini, un café en el Colón, o si se anda descabellado un whisky, para asombrar, en el café Divina, nombre con el que se conoce a este rincón de Francisco Campá que en realidad se llama Café de La Comedia.

Y hay otros rincones pintorescos que le llevan cada noche: el café y restaurante Marchetti, al lado del Olimpo, para una buenisísima buseca y entrevero con cómicos italianos; el café Continental, de José Navarro; El Dorado, de Francisco Salas, frente a La Comedia, al que no falta periodista, el cómico o el vago soñador...

Julio Imbert
«Florencio Sánchez»,
Circa 1898

Florencio enamorado

«Rosario de Santa Fe, 1901»
Catita mía: No sé qué decirte. Estoy abrumado de impresiones. La alegría de haberte visto, por un lado, y el pesar de venirme sin ti, por otro, revolucionan de tal manera mis sentimientos, que no sé si podrá reflejar sobre el papel las cosas agradables que quisiera decirte. Qué procesión tendré por dentro, que esta mañana, al tomar un coche para ir a cierta parte, le digo: Ligerito a Belgrano 2630. Y si el cochero no me dice que ese número no existía en la calle Belgrano de Rosario quién sabe dónde iba a parar. Trabajando, anoche, medio dormido en la imprenta, empecé a escribir un suelto, y en la mitad de un párrafo, apareció tu nombre escrito cuatro o cinco veces. Si esto no es cariño y cariño grande, que venga Dios y lo diga...

Cuando pienso que era indiferente, un refractario al amor, insospechable de concebir una pasión grande, me pregunto: ¿Es que Catita vale más que todas las mujeres que he visto y tratado? ¿Es que ella es una mercadería de mi cariño? Y me contesto: Sí. Catita es una mujer única y, por lo mismo, la más

mercedora de mi afecto.

Aquí, algunos amigos esperaban verme llegar casado y querían conocer a mi mujercita. Les asombra, les extraña que yo, el célebre bohemio, el incrédulo, el despreocupado eterno, haya caído en las redes, y no se darán por vencidos hasta que no me vean contigo paseando por los bulevares...

*Carta de Florencio Sánchez
a su novia Catalina, 1901*

El mexicano perdido

En Rosario de Santa Fe, año de 1900, había —calle San Juan al mil y tantos— una fonda popular llamada El Tin Tin. Un italiano la regentaba. Allí, si no bien, se comía por poco dinero: a cinco centavos cada plato.

Guzmán Arroyo era, por 1930, el único miniaturista de Buenos Aires y debía su arte a un mexicano.

Aquel mexicano, huésped de El Tin Tin, tenía un aire misterioso y cierta apostura militar.

Era rubio y usaba bigote y barba, vestía de negro y se le adivinaba muy pobre. Tan pobre, que no siempre tenía para pagarse el sustento.



Entrada. Los viajeros arribaban a la ciudad, muchas veces de incógnito, en distintos medios.

Entonces el italiano de la fonda lo obligaba casi por la fuerza a aceptar gratis las comidas.

El quijotesco personaje usaba unas tarjetas que decían: Tomás de la Sierra, artista. Su arte era la pintura, la miniatura, la iluminación como yo la usaba de niño, como la usaban los ingleses y como la aprendió de ellos el poeta Arthur Rimbaud, cuando bautizó su libro «Illuminations», término en que muchos se figuran que hay una intención mística.

Don Tomás se aficionó al chico Guzmán Arroyo y, en pocos meses, lo inició en los misterios.

Pero a las claras se veía —me asegura Guzmán Arroyo— que aquel hombre había sido otra cosa muy distinta de su oficio actual. Hablaba poco de México, pero hacía leer a su aprendiz los episodios de Juan Mateos, inspirados en los de Pérez Galdós, y sobre todo, aquel hombre cureña cuyos lomos las tropas estuvieron disparando su cañón durante horas...

A los 13 meses, don Tomás moría en el hospital, aquejado de un extraño mal de tristeza.

Alfonso Reyes
«Norte y sur»

El inspector de monumentos

D. José María de Inclán Zavaleta se ha trasladado a Rosario. El ex inspector de pesas y medidas abriga, desde hace muchos años, el propósito de ese viaje que cerealistas y aficionados a las carreras hacen en redondo, una vez a la semana por lo menos. Pero Inclán Zavaleta no se ha decidido a esa excursión movido por un afán concupiscente, no. El inspector de monumentos resolvió a ella para fiscalizar el estado de los trabajos del monumento a la Bandera, construcción ciclópea en que los rosarinos han empleado muchos años



La demora. Los años que llevó construir el Monumento a la Bandera fueron motivo de risa para el porteño Arturo Gancella.

e ingentes bloques de piedra. Apenas llegado a Rosario, D. José María trató de dar con el emplazamiento de la formidable construcción, pero siendo de noche y hallándose en una ciudad para él desconocida, optó por irse a dormir.

Al día siguiente el inspector de monumentos se dio a la búsqueda de lo que lo preocupaba. D. José María tenía al respecto algunas ideas propias. La primera es que los vecinos de una localidad ignoran la existencia de los monumentos porque a partir del día de la inauguración no vuelven a mirarlos. La segunda consiste en sostener que es más fácil dar con un monumento que con un delincuente, porque aquellos no se mueven ni cambian de sitios sino con la complicidad del intendente.

Así pues, en virtud de esos dos aforismos, nuestro amigo dióse a buscar en Rosario el monumento que le obsesionaba, sin recurrir al auxilio de vigilantes, choferes, o transeúntes. Pero para orientarse D. José María no poseía más puntos de referencia que la estación en que había descendido.

Como venía del sur, se le ocurrió que lógicamente se hallaba hacia ese punto cardinal. Más he ahí que todos los que llegan a Rosario, cualquiera sea el lugar de donde provengan, entran por el norte.

Esta complicación perturbó totalmente a nuestro héroe. Después de mucho andar y desandar, recurrió a su brújula: la estatua de San Martín.

En efecto, en todos los pueblos de la República la estatua del gran general señala con índice de bronce la región del sol poniente. D. José María recurrió a ella, pero le aguardaba otra decepción: en Rosario la estatua de San Martín mira hacia el este...

Exhausto y aturdido, D. José María se desplomó en un banco de la plaza. D. José María había perdido su brújula.

Arturo Gancella
«Campanarios y rascacielos»
Círculo 1930



Matrimonio. Así debieron haber visto la ciudad Bioy Casares y Silvina Ocampo cuando pasaron a bordo de una casa rodante rumbo a las sierras de Córdoba.

La casa con ruedas

Yo soñaba con tener una casa con ruedas. Cuando nos casamos, compramos una casa con ruedas.

Yo estaba enamorada de todas las provincias, como si hubiera sido de otro país. Y una mañana salimos.

Bioy había mandado a hacer unas gomas especiales para que tuviera buen movimiento el viaje, pero la goma friccionaba con el guardabarros y ahí empezaron los desastres. Se sentía olor a quemado. Yo iba atrás con el enorme perro. Probé la cama y me di cuenta de que pasando los 30 km. de velocidad, la cama se desplazaba. Yo golpeaba el coche, íbamos con dos amigos de Bioy, y el perro también resbalaba. Por fin pensamos pasar la

noche en Rosario, y en la estación de servicio de Rosario me puse a cocinar, pero se cayó la cocinita al suelo. Hubo casi un incendio. Nos aprestábamos a dormir y la gente creía que éramos una compañía de circo, nos golpeaban los vidrios. Con ese motivo tuvimos que salir de la estación de servicio, el perro tuvo que bajar a hacer sus necesidades, empezó a llover y el perro embarró toda la casa. Fuimos a Córdoba a Villa Allende, pero el coche no podía subir la pendiente. Disgustados, los unos con los otros, debimos renunciar al viaje y a la casa. La vendimos y volvimos a Buenos Aires.

Silvina Ocampo
en «Encuentro con Silvina Ocampo»,
1940



Soledad. Gombrowicz llegó en barco una madrugada y encontró una ciudad vacía.

El polaco trasnochado

Rosario. Llegamos al puerto a las tres de la mañana con un retraso de siete horas porque el agua del río había descendido. No quise despertar a los Dzianott, así que anduve paseando por la ciudad hasta las siete. Comercio, balances, presupuestos, saldos, inversiones, créditos, inventarios, cuentas, neto, bruto, sólo eso, eso es lo único, toda la ciudad vive bajo el signo de la contabilidad. Lo pedestre de América, la América gorda.

Rena y su esposo con el pequeño Jacek Dzianott, rebosante de alegría, esa alegría que es nuestra única victoria sobre la existencia, la única gloria del hombre. ¿Pero por qué tanto orgullo, tal gloria están depositados en un niño de doce años, de modo que uno debe inclinarse ante ellos? El desarrollo es el camino a la amargura degradante. Es una ironía el que nuestro blasón más alto, la bandera que enarbolamos con mayor orgullo sean los pantaloncitos de un niño.

Witold Gombrowicz
«Diario argentino», 1956



Argentina | www.ahira.com.ar

Hola y adiós. Para muchos escritores la estación de trenes fue la primera o la última imagen que, según el caso, tuvieron de la ciudad.

Los amantes clandestinos

En esos días, nos escapamos juntos a Rosario. El viaje me puso de mal humor, porque pensé que no teníamos mucho de qué hablar; además ella estaba asustada: es fama en Santa Fe, que los amantes clandestinos se reúnen en Rosario, y esta tradición prestigia cualquier aventura, dándole el rango de peligrosa o decisiva. Comimos en La Agraria y después fuimos a un hotel, donde se puso un camión que inmediatamente le quité, para pasar prácticamente a violarla. Un poco más suelta que en los primeros encuentros, me decía: cómo me hacés feliz, querido. Esto me daba mucha risa y también ganas de llorar, burlarse del otro, aunque esté muy cerca y no tenga vergüenza de decírnos lo que siente. Desolación, desolación, pude darte muy pocas cosas.

Al día siguiente, con cualquier pretexto, la puse en un ómnibus que la llevara de vuelta a Santa Fe.

Yo, en cambio, aceleré hacia Buenos Aires.

Francisco Urondo
«Baile», 1966

Pasajero de los trenes

Rosario es una ciudad industrial, suburbana, también sobre el Paraná. Había una mezcla de olores: humo de fábricas, árboles en flor, el río caliente. Es una de esas fincas sólidas, de clase media, nació el Che Guevara en 1928. Pero no fue Rosario la que lo convirtió en un revolucionario, sino sus experiencias en Guatemala, cuando la CIA hechó a Arbenz en 1954. Eso hizo nacer en él la convicción de que en Sudamérica se necesitaba un nuevo libertador. Mis peregrinaciones por estos países me han llevado a las mismas conclusiones. En cierto sentido, el destino de Guevara fue peor que el de Bolívar. El derrumbe de Guevara fue total. Sus intenciones

fueron olvidadas, pero su estilo fue adoptado por los propietarios de boutiques: una de las tiendas de ropa más elegantes de Londres se llama Che Guevara. No hay manera más rápida y eficaz de destruir a un hombre, de burlarse de sus ideas, que ponerlo de moda. El hecho de que el Che Guevara llegara a influir en los fabricantes de ropa fue su tragedia.

Paul Theroux,
«Pasajero en los trenes de América»,
1972

El pez perdido

Haciendo trolling con el señuelo 20 pies detrás del bote bajo la luz de la luna, ¿cuando el enorme salmón picó! Y salió entero fuera del agua. Pareció pararse sobre su cola. Después volvió a caer y se fue. Temblando, seguí hasta el puerto como si nada hubiera pasado. Pero había pasado. Y pasó tal cual lo acabo de contar. Me llevé el recuerdo a Nueva York y más allá. Me lo llevé donde quiera que fui.

Todo el camino hasta aquí, hasta la terraza del Jockey Club de Rosario, Argentina.

Desde donde miro el ancho río que devuelve la luz de las abiertas ventanas del comedor. Me quedo fumando un cigarro, escuchando el murmullo de los socios y sus mujeres dentro, el leve sonido metálico de los cubiertos contra los platos. Estoy vivo y bien, ni feliz ni infeliz, aquí en el hemisferio sur. Por eso me deja más perplejo que nunca el recuerdo del pez perdido, alzándose, dejando el agua y volviendo a ella. El sentimiento de pérdida que me asaltó entonces me asalta todavía

¿Cómo transmitir algo de lo que siento sobre este asunto? Adentro siguen conversando en su propia lengua. Decido caminar por la orilla. Es la clase de noche que hace que hombres y ríos estén más cerca. Camino un trecho, después me detengo. Advirtiendo que no he estado

cerca. No durante muchísimo tiempo. Ha sido esta espera la que ha venido conmigo a todas partes. Pero ahora crece la esperanza de que algo se levante y salpique. Quiero oírlo, y seguir adelante.

Raymond Carver
«Cubiertos», 1982

Bajo cero

Por suerte era muy bajo, con lo que se escurría más fácil del vendaval, y regordete, provisto de una gruesa capa de grasa, como las focas. Aún así, a mitad de camino ya tenía los huesos helados, las piernas insensibles, le dolían todos los músculos del cuerpo de la fuerza que hacía para contraerse.

Había empezado a perder coordinación: las ráfagas lo sacudían como un pelele. Cada cinco pasos daba una vuelta completa como un trompo... y se estampaba contra las paredes, donde quedaba una silueta sobre cuyo contorno se formaba de inmediato un grueso repulgue de hielo; y cuando estornudaba en el momento de chocar, la cabeza de ese figurón instantáneo resultaba una estrella de baba y moco, en hielo plateado, que persistía hasta una improbable primavera.

¿Una estrella o un sol? La luz era rara, muy blanca pero oscura, un metal, como espesores de hielo. Un alba antártica, medio rusa, medio del fin del mundo. Rosario estaba más gótica que nunca, con carámbanos, turbulencias congeladas y las grandes mecedoras del tifón. Sobre las puntas de los edificios más altos se hamacaba una bruma de nubes sólidas que rugían. Las calles eran un silbido atronador. ¿Hasta dónde seguiría bajando la temperatura? Ya debía estar en treinta grados bajo cero, y sin embargo se vivía.

Cesar Aira
«Los misterios de Rosario», 1995

GARCÍA LORCA EN ROSARIO

«¿Tenéis un río?»



TEXTO RAÚL GARDELLI
FOTOS JORGE LIPORACE

CONICET



I E C H

EN 1954, AÚN DURANTE LA DICTADURA franquista, Aguilar editaba por primera vez las *Obras Completas* de Federico García Lorca. Casi al final, la cronología de la vida del poeta. De la vida, porque de la muerte, su trágica circunstancia, era mencionada casi como al pasar: «1936. 19 de agosto - Muere». Había nacido el 3 de junio de 1898. Ediciones posteriores persistirán en la mención vergonzante. Tengo a la vista la décima, de 1965. En la de ahora, cambiados en España los tiempos, la cronología ha sido rectificada: «1936. 19 de agosto - Es ejecutado en Viznar, Granada». Cuánta belleza quedaría sin expresar, cuánta simpatía, ternura y cordialidad sin manifestarse.

Otras omisiones hubo en las *Obras Completas*: textos que en 1954 eran desconocidos o inhallables, o estaban olvidados. Pero sucesivas entregas fueron incorporando parte de ellos. Actualmente se trata de dos volúmenes, enriquecidos y dignificados por la noticia explícita de su fusilamiento.

Algo que se omitió en 1954 y sigue sin corregir es la referencia a la visita que García Lorca hizo a Rosario el 22 y 23 de diciembre de 1933, en un paréntesis de su clamorosa estada en Buenos Aires entre el 12 de octubre de ese año y el 27 de marzo del 34.

Breve episodio rosarino, recién comenzado como era el verano, recién comenzado en la falacia del almanaque pero intenso ya en la realidad climática. Durante la noche del 22, cuando Federico pronunció su conferencia en el teatro Colón, seguida por apasionada lectura de poemas, la temperatura era tremenda. Pese a ello el disertante, que se ocupó de uno de sus temas predilectos, «Teoría y juego del duende» («El duende del teatro», subtítulo) habló como si se estuviera viviendo la más agradable

de las primaveras. Animado por su propio duende, que no lo abandonaría nunca, el poeta parecía prescindir de la envoltura del estricto smoking. Cumplíase aquello de que donde él estaba, estaban la gracia, la alegría, el entusiasmo. Aunque, como lo señaló Vicente Aleixandre, «su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del Universo, pero su alma profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes lo vieron pasar por la vida como un ángel lleno de colorido, no le conocieron».

«La virtud mágica del poema consiste en estar siempre enduendado para bautizar con su agua oscura a todos los que lo miran, porque con el duende es más fácil amar, comprender, y es seguro ser amado, comprendido, y esta lucha por la expresión adquiere a veces, en poesía, caracteres sutiles».

Cositas como esa decía García Lorca en el calor agobiante del teatro.

«El duende de que os hablo, oscuro y estremecido, es descendiente de aquel alegrísimo demonio de Sócrates, mar y sal que lo arañó indignado el día en que

tomó la cicuta, y del otro melancólico demonio de Descartes, pequeño como alondra verde, que, harto de círculos y líneas, salió de los canales para oír cantar a los marineros borrachos».

Alberto Muzzio, acaso el único sobreviviente de quienes formaban el pequeño Rosario reunido para escuchar a García Lorca, nos cuenta sobre la emoción del auditorio, sobre su propia emoción. La unanimidad de esa minoría estaba conmovida, pendiente en extremo de la palabra del conferenciante. Público fervoroso a pesar de los pañuelos que secaban una y otra vez el sudor de frentes y mejillas. Metido en ese público, un andaluz invadido totalmente por el misterio, captador como pocos del duende que vagaba invisible por el escenario: Modesto Rey, chofer de la señora Luísa Sugasti de Muzzio, había pedido no trabajar en esos días pues era su deseo saludar al poeta, atenderlo, escucharlo: eran parientes, primos segundos. Hablaron entre ellos. Federico se habrá conmovido oyendo acerca de su familia, de su Granada.

La platea se emocionaría más aún



Al piano, Federico García Lorca en el Club Español canta y encanta a sus amigos rosarinos, con un irreverente himno estudiantil sobre Cervantes (1933).

Foto cedida por el autor de la nota.

cuando, terminada la conferencia, García Lorca leyó poemas de *Romancero Gitano*. Le habían pedido que recitara pero él, de veras o no, alegó no saber sus versos de memoria. Una mujer le alcanzó el libro. Y leyó, leyó. Leería en la memoria que el papel iba resucitando. Muzzio recuerda el estremecimiento con que oyó al poeta «Muerte de Antoñito el Camborio»:

«Voces de muerte sonaron/cerca del Guadaquivir./Voces antiguas que acercan/voz de clavel varonil./Les clavó sobre las botas/mordiscos de jabali./En la lucha daba saltos/jabonados de delfín./Bañó con sangre enemiga/su corbata carmesi./pero eran cuatro puñales/y tuvo que sucumbir».

García Lorca, Federico García Lorca, Federico para muchos, Lorca para los exquisitos, Federico García para Antoñito moribundo (¡Ay, Federico García/llama a la Guardia Civil!), Federico G. Lorca para sus profesores y compañeros en la universidad norteamericana, vino, pues, a Rosario. Y si la cronología no lo dice en las *Obras Completas*, quizás por desconocimiento, tal vez por desdén, el propio Rosario mal recuerda esa felicidad que le tocó vivir. A pesar de que con él se inicia la visita de grandes poetas. Después vendrían Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti, Nicolás Guillén.

La ciudad-puerto, la ciudad-granero, liberada poco antes de la infamia prostibularia, lo acogió levemente. Casi no se dio cuenta de quién vendría, de que había venido. Acaso en el bochorno del 22 hubo pareja cantidad de público en el Colón, escuchando a García Lorca, que en El Nacional (San Martín 1139), viendo en familiar y noche a la compañía de comedias de teatro de Carlos Morganti. Claro que Morganti cobraba 80 centavos y los osados



empresarios que habían traído a Federico (Luis Bravo y Antonio Robertaccio, ambos periodistas) habían cotizado la platea en \$2,50. En mis 18 años y en los \$2,50 radicó preferentemente mi insistencia. Seis años después yo cobraría mi primer salario periodístico: \$100.

Otro de los asistentes a la conferencia, Horacio E. Correa, que figuró entre los cicrones de García Lorca durante esos días, dejó su versión escrita, que ampliaría para mí en charlas de Redacción. «El poeta (moreno rostro adornado de lunares, ojos negros, expresivos, nariz recta y labios gruesos) parecía encantado mientras exhumaba de los archivos de los años figuras de cantaores y cantaores, famosos oficientes de la misa pagana del cante jondo, y los pasaba ante los ojos del auditorio con la mágica evocación de su palabra, con la Niña de los peines encabecando el colorido desfile (...) su sonrisa se abría en la hueca boca del escenario como una flor de alegría. El público aplaudía largamente (...) Preciosa y sus miedos, Antoñito el Camborio con su sino de ángeles negros y los tricornos de la Guardia Civil (...) risa de niño encantado, auténtica gracia de humana simpatía (...) firmaba programas, firmaba programas de libros suyos que le eran acercados para ello».

Cuando la firma se le antojaba escasa dibujaba un signo, una flor, un ave. Esa firma, tan suya, de desmesuradas iniciales aparece en «Canción». El papel reproduce, con leves cambios, una de las páginas de *Canciones*, libro que Sur acababa de publicar en Buenos Aires. Dedicó la copia autógrafo a Margarita Echeverría: «Si muero, dejad el balcón abierto». «Esa balada tan sencilla, tan elemental lo tiene todo, claridad y misterio», comentó Jorge Guillén. Pero para Federico, en su muerte horrenda, no hubo balcón abierto: hubo la sucia cuneta desde la cual, ya amanecido, los ojos muertos por las balas no vieron las últimas estrellas.

Del Colón a una chopería. Junto con García Lorca, a más de Bravo, Robertaccio, Correa y Pablo Suero, el «Gordo Suero», crítico teatral que lo había acompañado desde Buenos Aires, Julio Vanzo, Fausto Hernández, Modesto, Mario Monte —nombre artístico de Víctor Cifarelli— quien había fundado el Teatro Experimental «Icaria», una gran vocación en una humilde sala (sillas de paja, en calle Santa Fe, entre el vespertino *Crónica* y el almuerzo en bar Mitre).

Ya de madrugada, noctívagos en la ciudad nada nocturna, habrá sido para Federico —sobre de andar en calles no conocidas. Sentir el soplo en la plaza vecina al puerto, donde quizás

CONICET



se oía el murmullo de algún canto marinero; íntima plaza, propicia como era por las tardes moribundas a la efusión de las parejas y el diálogo amistoso, donde hoy está el Monumento a la Bandera. Vanzo me lo contó una noche, en un bar con algo de bodegón. García Lorca, que venía del Guadalquivir («*Guadalquivir, alta torre/y viento en los naranjales*»), su río grande —Guadalquivir es río grande en árabe—, y que muy poco estaría enterado de nuestra geografía, miró con asombro el Paraná caudal y exclamó, preguntando:

—¿Tenéis un río?

De inmediato, viendo la verja: —¿Por qué lo habéis encerrado?

En una súbita reacción, el espíritu sensible y alerta del poeta descubría el antiguo drama de la ciudad escindida, absurdamente separada de su río vital. Hondo poema de ocho palabras, doloroso poema de una ciudad de América que García Lorca, sin pretenderlo, compuso sobre Rosario.

¿Qué más pudo decir de esta ciudad él, que lleno de su Granada había vivido tiempo antes en Nueva York?

En cartas a su padres había dicho que Nueva York lo había anonadado: «*La llegada a Nueva York anonada pero no asusta (...) El puerto y los rascacielos iluminados confundiendo con las estrellas (...) los miles de luces y los ríos de autos te ofrecen un espectáculo único en la Tierra (...) París y Londres son dos pueblecitos comparados con esta Babilonia (...) Más altos que la luna se apagan y encienden los nombres de bancos, hoteles, automóviles y casas de películas (...)* la multitud abigarrada sube y baja en los ríos iluminados, las bocinas de los autos se confunden con los gritos y música de las radios, y los aeroplanos encendidos pasan anunciando

sombreros, trajes, dentífricos, cambiando sus letras y tocando grandes trompetas y campanas. (...) Es un espectáculo soberbio, emocionante, de la ciudad más atrevida y moderna del mundo».

Pero de Rosario, ¿qué más que eso y lo dicho en cartas, hoy perdidas, que de regreso a España le mandó a Mario Monte, recordando no tanto la ciudad sino a los amigos hechos en ella durante sus dos jornadas —rosarinas? Podía haberse impresionado de la pujanza de ese Rosario apenas entrevistado, él, que estaba transcurriendo en Buenos Aires una temporada de triunfos con la representación por Lola Membrives de *Bodas de sangre* y *La zapatera prodigiosa*, y la puesta en escena bajo su propia dirección de *La dama boba*, de su tan admirado Lope de Vega; presentaciones de libros, conferencias, amistad con personalidades literarias (Victoria Ocampo, Ricardo Molinari); discurso al alimón pronunciado por él y Pablo Neruda en el Pen Club en homenaje a la memoria de Rubén Darío («Fuera de normas, formas y escuelas queda al pie la fecunda sustancia de su gran poesía»).

Insistentes llamadas telefónicas urgían el inmediato regreso desde Rosario a un Buenos Aires pleno de compromisos. Pero Suero trataba de obviarlas. Después del descanso en el hotel, ¿qué hotel sino el Italia?, el mediocra del bochornoso sábado 23. Almuerzo en el Cifré. Tras la sobremesa, la sala de música del Club Español, donde, testimonio Correas, el poeta «sentóse en el piano y ejecutó un picaresco himno de estudiantes irreverentes sobre *¿Qué dices, cuñadito, qué dices, ronca voz campesina*». Rafael Alberti evocó alguna vez «las tardes y noches de primavera o comienzos del estío

pasadas (con Federico) alrededor de un teclado». «Yo me senté en el piano y también canté», dice García Lorca en una de sus cartas neoyorquinas. Y en otra: «Yo, naturalmente, tuve que hacer mi numerito de canciones». La foto del instante maravilloso en que el poeta cantó en Rosario me fue obsequiada por Olga Cifarelli, cuyo marido la había guardado con las cartas extraviadas.

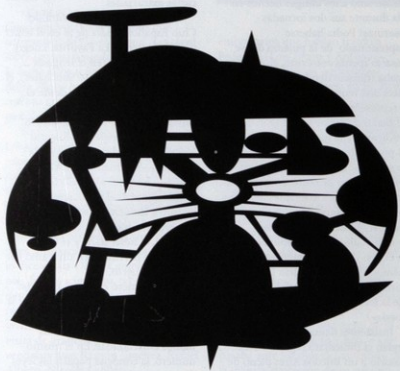
A poco más de una cuadra del Club Español, la sala de té en el tercer piso de la tienda La Favorita. Luego, en Rosario Norte (en el lenguaje coloquial seguía siendo Sunchales), el Rápido a Buenos Aires, y desde el tren, el ademán de despedida. Muertos hoy el poeta y quienes lo recibieron, desaparecido Rosario Norte, incluso el tren, también la cantina —San Juan y Barón de Mauá— frente al Mercado Central donde almorzó el poeta apenas llegado a Rosario, transformados en recuerdos el mercado, el Colón, La Favorita, el hotel Italia y el Cifré, felizmente destruidos en un tramo las verjas del puerto.

En el número en que *La Capital* reseñaba la visita del poeta aparece la foto de la llegada a Rosario Norte, el 22. Federico con su sonrisa, las manos entrelazadas. En el mismo número, la condena papal a las leyes de esterilización alemanas; en el siguiente, la condena a muerte de Main van der Lukhe, acusado de incendiar el Reichstag.

Lo asesinaron cuando iban transcurridos dos años, ocho meses y veintisiete días de su partida de Rosario. Fueron años en los que Lorca, que nunca había sido lo que se llama un militante político, cumplió una intensa labor de promoción a la libertad, las instituciones, la República. Y eso no podía perdonárselo el odio reaccionario. ☛

Fantasmata de lo nuevo

TEXTO DANIEL BRIGUET



1. ESTA NOTA PODRÍA EMPEZAR DE MUCHOS modos pero, de hecho, empieza así. Tal vez sean las circunstancias, tal vez el escalofrío de un hecho que tarda en dispersarse o, simplemente, el vacío profesional de narrar lo que ocurrió. ¿Cuál es la idea más elocuente de la palabra «imprevisible»?

Algunas que están asociadas con el máximo de novedad posible. En la jerga periodística—por ejemplo—

una catástrofe o un accidente de proporciones. El acontecimiento irrumpe allí de un modo drástico, casi brutal, sin las barreras de contención que suelen rodear la emergencia de otros hechos.

El accidente ocurre en la calle, sobre el filo de la madrugada. A la misma temprana hora la versión circula en los periódicos del barrio, casi como un presagio. En el lugar de los hechos —up cruce en el Boulevard Ordoñez—

sólo quedan algunos indicios de lo que ocurrió. Un par de frenadas estampadas sobre el asfalto, manchas de sangre que no han sido borradas del todo. Un relato de alguien que, sin ser testigo ocular, contempló más de cerca sus secuelas, redondea el cuadro. Al parecer, un coche lanzado a gran velocidad que venía por una calle transversal embistió en la esquina a dos chicas que salían de una discoteca en las inmediaciones. El choque fue brutal: a una de las chicas la despidió más de 10 metros hacia adelante y a la otra la arrastró una cuadra, prácticamente hasta el cruce de calle Balcarce. También fue brutal: las dos chicas murieron como consecuencia del impacto.

En la visión de las huellas lo que domina es una sensación de espanto. Es difícil que algo así haya podido ocurrir. Pero, en tanto la mente logra enfriarse, emergen otros datos. Uno, en apariencia trivial, no carece de interés: la tragedia ocurrida en ese cruce de calles es un hecho inseparable del paisaje que la rodea. Dicho de otro modo: no podría haber ocurrido (y esto en absoluto entraña una ponderación o un juicio de valor) en el paisaje nocturno de dos décadas atrás. Sus personajes, su entorno hablan —más allá del espanto— de algo reciente, actual.

2. La noche de la ciudad, tal como la conocen jóvenes y teen-agers, es un fenómeno bastante nuevo. Sin recurrir a fechas precisas, puede decirse que emergió en la época de la transición democrática y se consolidó poco después. ¿Existe algún vínculo directo entre ambos procesos? Tampoco es fácil precisarlo. Algo puede aventurarse en la noche del Proceso: era difícil que emergiera nada por la sencilla razón de que caminar sus calles ya resultaba aventurado. Por



lo demás, es seguro que el nuevo paisaje poco tiene que ver, más allá de sus semejanzas de superficie, con la época en que reinaban Zetabel y los bailables de San Remo, Kokodrilos y la Cueva del Profesor Plum (como una señal, sin embargo, de que nada se pierde del todo, ahí está la atemporal sobrevivencia de Mongo, local que conoció el auge en sus primeros años de existencia y sobrevivió después, a despecho de todos los temporales que asolaron estas tierras).

En la noche se imponen los aspectos rituales, que siempre pudieron estar pero nunca habían alcanzado semejante despliegue. Salir no supone sólo buscar esparcimiento, distracción o —lo más seguro— una ocasión de «ligue». Salir es alcanzar un territorio donde los jóvenes reinan sin matices, un territorio a salvo del mundo adulto. Los horarios se estiran hacia arriba, el límite que separa con la rutina del día se hace más ostensible. La nueva noche comienza después de medianoche y se extiende hasta el alba.

En la «disco» también se respira un clima distinto. El «ligue» es siempre una opción pero hay signos que avanzan en otro sentido. Las chicas bailan solas, desprovistas de todo lo que pueda remitir a una pareja. Suelen hacerlo entre amigas, porque esa sí es una señal inamovible: el «palo», la barra, el grupo de pertenencia. Los jóvenes parecen dispuestos a resignar cualquier posesión salvo el vínculo de amistad que los identifica. Por lo demás, la danza solitaria también puede tomarse como una señal de emancipación, con todo los matices del caso. ¿O acaso bailar no supone miradas, del tipo que miran al otro?

En la nueva noche también reina la histeria, el juego de las miradas que se

entrecruzan sin llegar a fundirse. En las mesas del pub, un rato antes, en las paradas callejeras, en la penumbra incluso de locales nunca del todo iluminados. Mirar y ser mirado: he ahí el juego supremo, la posesión más etérea y duradera. ¿O acaso las imágenes no perviven en su duración a los cuerpos? La histeria rehúye el contacto, propone una dilación indefinida que se renueva cada vez que las luces comienzan a girar y las teen-agers salen enfundadas en sus trajes de guerra (no lo pienses ni un segundo, amigo lector: esos atuendos no son un convite al acercamiento, a la comunión, a la entrega mutua. Son, más bien, como gestos de ostensible afirmación, de expansión del ego, de combate en puerta).

3. La noche y sus disturbios, la noche y sus problemas. Un malestar que crece en los sectores bienpensantes y estalla en forma de ordenanzas, decretos y restricciones. Todas tendientes, presuntamente, a salvaguardar a nuestros jóvenes del peligro físico y moral que los acecha. Todas en nombre de la tranquilidad de una población que no participa de la noche pero escucha —o dice escuchar— sus estruendos.

Todas las medidas en este sentido —incluida la que fija un tope horario para el cierre de las «discos»— parecen responder a un supuesto común de males y es necesario tender un cerco sobre ella. No importa que su raíz sea mitológica: el supuesto funciona. Al punto de imponer medidas globalistas y, de última, retóricas, por encima de lo que podrían ser controles efectivos y localizados. Al punto de usar a los jóvenes como argumento de fuerza, más —aunque lo que este en juego sea un cúmulo de temores y prejuicios propios de los adultos.

Hasta el extremo, incluso, de vulnerar las fronteras de un territorio erigido por un grupo social y reducir una cuestión de vastos matices a un problema casi higiénico. Aunque los fantasmas esgrimidos son muchos y de grueso calibre, por momentos pareciera que todo el conflicto se reduce a la intranquilidad de un vecino que, perturbado por los ruidos de la «disco» no puede dormir. Y esta figura del vecino intranquilo no es dato trivial aunque lo parezca: en la historia de la ciudad ha servido para disparar medidas arbitrarias cuando no intolerancia lisa y llana.

La figura del vecino perturbado en realidad encierra otra: la de la aldea que permanece a través de los años e ignora que a su alrededor —o directamente sobre ella— ha crecido una urbe moderna. Esto supone, entre otras cosas, que los problemas a considerar no son ya los de «la parte sana y decente de la población»; son los del millón de personas que habitan la urbe. Encerrado en su villorrio mental, el espíritu aldeano desconoce cualquier mensaje del mundo exterior —del verdadero mundo— o lo considera bajo la forma de una amenaza. En los conflictos planteados alrededor del mundo de la noche, también existe una tensión entre la ciudad que emerge y los resabios de una mentalidad donde lo atemporal funciona como un dispositivo de reacción. Esto, por supuesto, es algo que excede el tema planteado y afecta a otros territorios.

4. Había un verano con excursiones al río o a las piletas del Saladillo, con visitas al Eden Park, que recalaba en los parajes de la zona de la Independencia. Había un verano donde la Florida era la única playa abierta sobre el río y para los jóvenes

estaba la relativa marginalidad de la Arenera o el «Crottings», ubicados en las proximidades. Ese verano empecé a licuarse hace más de dos décadas. Algunas obras públicas —la construcción de la Rambla y la Avenida Costanera, el diseño del Acceso Norte— estimularon la transformación. El resto corrió por cuenta de ondas ambientales, de una modernidad que, en este caso, se tradujo en apertura y expansión.

Hoy Rosario aparece conectado al río a través de múltiples vías. La visión misma del Paraná ha variado en distintos puntos de la costa: en la explanada del Parque España, por ejemplo, es posible asomarse y tener un panorama inédito de lo que antes apenas podía vislumbrarse. El saldo global es que se derrumbó el mito de «la ciudad de espaldas al río». Se multiplicaron las playas, el número de embarcaciones y, además, las islas dejaron de ser el fondo salvaje del paisaje urbano para absorber crecientes contingentes de bañistas.

Con los años, en las islas se constituyó un ámbito que guarda puntitos de contacto con otros: gente joven, de «ondas», con matices «conchetos» o, al menos, más exclusivos que otros reductos. Para muchos, cruzar el río equivale a tomar distancia de la promiscuidad popular que campea en tierra firme (si bien el término «popular» debe tomarse aquí con todas las reservas. La Florida, reconvertida por la concesión privada, apenas se parece al balneario que recibía familias con termo y mate, barras bullangueras y contumaces bebedores de sangría. La Rambla —de entrada abierta— es el único tramo de playa que puede reivindicar afinidades con lo que fue)

5. La apertura del río es, a la vez, la expansión de una ciudad cada vez más

lanzada a un destino metropolitano. Con las islas como centro de recreo y esparcimiento, el paisaje urbano se afirma en su condición central, antes apenas sugerida. La presencia de lo viejo se define aquí por omisión: sectores que, por imperio de la crisis, ya no tienen acceso a la recreación y el esparcimiento; franjas de gente excluidas de los nuevos ámbitos que no abarcan en su extensión física la pluralidad de los cortes sociales. Este es un dato a retener porque parece una constante del proceso de transformación.

Definida aún en su etapa pionera, la ocupación del río y las islas requerirá de medidas que organicen lo ya establecido e impulsen nuevos emprendimientos. Como la acción del poder público parece hoy limitada, conviene retener la idea de que procesos de este tipo pueden consolidarse en tanto se respeten las tendencias originales, el espíritu —si la palabra no es excesiva— que animó la empresa.

Por lo demás, quedan por dirimir otros usos posibles de los nuevos territorios. Projectados hacia afuera, ¿pueden servir —por ejemplo— como ingredientes de una posible atracción turística? ¿Rosario puede perfilarse como centro de turismo regional a partir de los ambientes incorporados? Aquí también hay ítems que requieren de mayores precisiones. Planteada una eventual campaña promocional, ¿cuáles serán las imágenes convocantes? ¿La del clásico Monumento o la escena de un paraje isleño? Bien, alguien podría argumentar: «Ni lo uno ni lo otro. La imagen de la ciudad que yo elegiría para publicitar sería la del Paseo del Siglo».

6. Farolitos y carteles indicativos de referencias históricas. En su

concepción original, el Paseo del Siglo no es mucho más que eso. El resto lo pone la iniciativa privada —en sentido estricto— aunque aquí la expresión debe leerse con toda la amplitud del caso. No sólo los negocios van poblando la arteria desde Paraguay a Oroño; no sólo los bares modernos, los pubs, las boutiques y pilcherías. También, y en consonancia con ello, la gente que circula por allí y hace del Paseo su lugar de estancia, de comunicación o de exhibición. De lo que resulta una ecuación interesante: una iniciativa municipal encuentra eco en un sector de la población porque, de algún modo, ayuda a explicitar o poner en escena tendencias latentes.

¿Y cuáles son esas tendencias? En primer lugar, la pasarela del Paseo permite mostrarse a un grupo social que, de modo genérico, podría definirse como «conchetos», moderno o portador de cierta imagen.

Aquí funciona, en pequeña escala, la réplica de la Recoleta Porteña (no es, de hecho, la única réplica a considerar). El sector aludido existía antes del Paseo pero éste le brinda la posibilidad de un lugar donde mostrarse y reconocerse. No es una función banal aunque ciertos datos de superficie puedan sugerirlo.

Pero, además, está el interrogante sobre la efectividad de la confluencia planteada. En este punto operan factores que alejan la iniciativa del campo de lo gratuito y le dan cierta consistencia. El Paseo se instala en un tramo de la ciudad que, a fines del siglo pasado y comienzos del actual, fue zona de residencia de familias rosarinas más o menos prominentes. Por su origen plebeyo, Rosario nunca tuvo un patriciado en sentido estricto pero sí una subclase que se aproximaba a esa caracterización. La misma que hacía sus tertulias en el Parque

Independencia o circulaba por los canteros de Boulevard Oroño.

En el Paseo hoy puede apreciarse una singular integración: las fachadas de antiguas casonas residenciales son los escaparates de modernas boutiques. Y es como si un gesto espontáneo —pero sólo relativamente— pusiera en contacto dos tipos de aristocracias: la aristocracia del nombre y la prosapia con la que emana del look, tan característica de los tiempos posmodernos. Algo de todo eso puede verse en el Paseo, tal vez como una señal de que la ciudad fenicia y laboriosa (¿la que fue?) también requiere de una zona de distinción.

7. La ciudad del Paseo del Siglo es también la ciudad de los shoppings y los hipermercados, de Mac Donald's y las pancherías, del fast food y la comida a domicilio. Hipermodernidad y confort se cruzan en una línea, que es la del grupo a salvo del ajuste. En tal sentido, la ciudad moderna crece en una dirección y en cada uno de sus mojonos plantea, por omisión, la ausencia de los que no están, de los que han sido excluidos. Después de todo, en una visión «macro» de Rosario —la ciudad toma la forma del que la mira, diría Calvino— también aparecerían los cordones industriales en ruinas, las zonas fabriles que ya no lo son, los fantasmas de Sunchales y su crotrario anexo en la estación, la cadena de cabarets y locales nocturnos hoy disuelta en el olvido.

Es una partición que no afecta únicamente las zonas periféricas. La misma zona céntrica, junto a su expansión confortable, está atravesada por manchones de malaria: galerías que la competencia feraz condensa al desuso o a la condición de pasadizos oscuros, negocios característicos que

languidecen sin remedio o terminaron bajando sus persianas.

Incluso en el campo cultural es posible apreciar el dominio de una línea excluyente. Emprendimientos de valla como el Centro Cultural Parque de España o el Centro de Expresiones Contemporáneas quedaron confinados, en la práctica, a la atención de un sector, de las demandas de un grupo más o menos definido. Sin excluir la dimensión de esos proyectos, la pregunta aquí es por los que permanecen afuera. Pregunta que, de modo más drástico, podría formularse así: ¿Modernidad y tradición son incompatibles en el mercado del desarrollo urbano? ¿La construcción de la urbe moderna supone la exclusión de un sector de la población?

8. Cualquiera sea el diagnóstico,

algo es seguro: sólo un registro fiel de las transformaciones operadas puede servir para actuar sobre aquello que se quiere modificar. De lo contrario, se corre el riesgo de operar con imágenes atemporales que ya no responden al entorno. Y el doble riesgo de que esos desfases terminen generando fantasmas, espejismos instalados en lugar de lo que no podemos o no queremos ver. Espejismos que irrumpen, a veces, con la violencia de un coche lanzado a velocidad por una calle nocturna.

La pregunta final, en el fondo, es simple: ¿registramos la misma ciudad que habitamos? Si la respuesta no es afirmativa, habrá que poner los lentes en remojo. Porque no se trata sólo de definir la imagen de los objetivos que queremos alcanzar. Se trata, además, de descubrir la materia que nos ayudará a soñar la ciudad posible. ■



La pasión del escenario

El mundo del teatro en Rosario, como cualquier mundo que se precie de tal, tiene varias entradas para su abordaje. **Vasto Mundo** se propuso recorrerlas y generó una de las líneas temáticas más reconocibles de la revista. La salida de los actores a la calle para ganar un público que no se acercaba a las salas tradicionales, la relación de los creadores con la ciudad y sus expectativas de reconocimiento y apoyo, la mirada «extranjera» de quienes desde fuera de Rosario hablaban de lo que aquí pasaba, los títeres y su collage de disciplinas, los maestros de distintas generaciones, las viejas y las nuevas tendencias. Todo ello fue reflejado por **Vasto Mundo**, hablando con los protagonistas y tratando de conservar el lenguaje específico de ese arte a la vez que hacerlo extensible al gran público. La revista siguió al teatro en el mundo de las salas y en sus manifestaciones callejeras, consciente de la que la cultura no se produce en un solo lugar, y sabiendo que de los cruces suelen nacer las propuestas de mayor interés.

ROBERTO VEGA

Este es un artículo que quiere que sea una crítica por otro de política social y teatral y la dignidad del hombre. Creo que así es el problema. Por lo demás, voy a hacer breves presentaciones. «Presentación» y «presente» son palabras que se usan mucho, incluso la gente del CECT hace cosas así. Lo que tiene en común es un presente común, presente futuro, presente para la imaginación.

«Hay un papel en todo el interior del país»
 «Yo diría que lo voy más...

...una idea teológica que quiere que sea una crítica por otro de política social y teatral y la dignidad del hombre. Creo que así es el problema. Por lo demás, voy a hacer breves presentaciones. «Presentación» y «presente» son palabras que se usan mucho, incluso la gente del CECT hace cosas así. Lo que tiene en común es un presente común, presente futuro, presente para la imaginación.

«Hay un papel en todo el interior del país»
 «Yo diría que lo voy más...

Desde su primer número, **Vasto Mundo** intentó dar cuenta de la vida teatral en Rosario, de sus dificultades y de sus logros. En 1987, la cuestión para el teatro era, tras los años del Proceso Militar, salir a la calle. Así lo veía José Mosek, quien rescataba el espíritu de plaza pública del teatro y señalaba las convenciones, muchas veces limitantes, del escenario de una sala. Junto a esa nota, el director Roberto Vega daba una mirada sobre el teatro rosarino, con la objetividad de quien está afuera. Decía Vega: «Creo que en Rosario hay gente muy capaz, que puede hacer mucho, pero que se desvaloriza a sí misma. Es como si naciera con techos, como si se pudiera llegar hasta ahí nomás... Ocurre que fuimos educados para ser colonia y no para intercambiar experiencias. Número 1, septiembre de 1987.

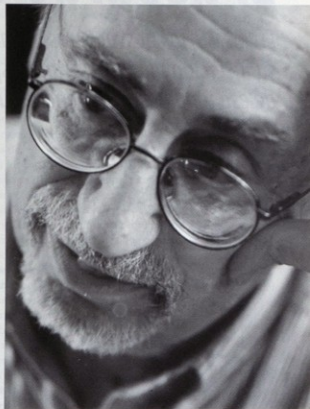


«¿Se acuerdan de nosotros?», se titulaba la nota en la que cuatro actores rosarinos —el Negro Postiglioni, David Edery, Gustavo Borelli y el inolvidable Pelado Reinoso— desgranaban recuerdos. Ese viaje al pasado, promovido por el periodista Julio Cejas, tenía la meta de encontrar respuestas para un presente aciago de la escena local: cierre de salas y actores buscando la luz de un aplauso, según Cejas. Pero Félix Reinoso tenía palabras alentadoras: «No podremos vencerlos, los cómicos no mueren; se demoran un rato en los amaneceres. Nos quedamos prendados de alguna flor vulgar, compartimos los tiempos bebiéndonos la vida. Porque nuevos jóvenes vendrán a completar el sueño». Número 2, noviembre de 1987.



Ya en noviembre de 1987, María Florentino regresaba a su ciudad como una artista consagrada. Hacía quince años que había dejado su Saladillo natal y ahora volvía para presentar Piedras y Huevos, un unipersonal en la Sala Udecoop. «Encontramos un refrán que no sabemos de dónde viene que dice: cuando la piedra se cae sobre el huevo, pobre huevo; y cuando el huevo decide caer sobre la piedra, pobre huevo. Decidimos hacer un espectáculo a partir del mundo del huevo, es decir sobre las desposeídas, los explotados», explicaba María. Número 2, noviembre de 1987.





Elecciones, saqueos, estallido y convertibilidad. El taller de teatro y murga Desnutridos del 2000 procesó, como un tamiz, esos cambios sociales, que a la vez modificaron su historia. En agosto de 1994, desde la vecinal Parque Casas, los murgueros recreaban desde el juego todo aquello que los violentaba. Casi dos años después, el ejercicio del arte callejero volvía a ser registrado por **Vasto Mundo**. Che Miquitos, los magos Ray Cristian y Marzelo, y la murga Los Sin Dueño hablaban de las singularidades de la calle, entendida por ellos como un espacio escénico superior. «Creo que es un espacio a ganar, porque el teatro de sala ya no funciona, y el teatro comunitario es todavía el teatro hegemónico de la comunicación», decía Raúl Bruschini. Número 5, agosto de 1994 / Número 12, diciembre de 1996.

El rosarino suele hacer de todo. Algunos lo adjudican a la precariedad del medio. Otros, a un interés inagotable por aprender. En el teatro, Mirko Buchin es uno de esos que están en todas partes. No para acaparar, sino porque su espíritu creativo corre a cada instante las fronteras. Autor, director, actor y docente, Mirko se formó en el teatro independiente. «Uno aprendía arriba del escenario, teníamos clases de expresión corporal, faniatría, técnica de la voz, pero era todo a pulmón», recordaba Buchin, pero en su tono no había queja, sino la inmensa necesidad de dar batalla, desde el personaje de un rey hasta el de un papel de un rey. **Wunder**, junio de 1999.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas y Uruguayas

IONESCO Y EL TIM

El absurdo en la aldea

En los 60, las desventuras de la clase media, que no comprendía su inserción histórica, eran traspuestas al escenario. A contrapelo de esa tendencia, un género nuevo irrumpía en Rosario.

QUE UN DRAMATURGO SEA NOTICIA destacada al punto tal de reclamar un título de tapa o un espacio sobresaliente en los diarios, es algo que se da muy de tarde en tarde. En la Argentina —salvo error u omisión— eso ha sucedido un par de veces en los últimos tiempos: en mayo de 1993, con motivo de la visita del estadounidense Arthur Miller a Buenos Aires, y más recientemente, a fines de marzo de 1994, a raíz de la muerte (el lunes 28, en París, a los 81 años) del rumano-francés Eugéne Ionesco. La prensa rosarina no fue una excepción y, en este caso, se publicó algún largo y documentado artículo sobre la trayectoria del padre del teatro del absurdo, en el que sin embargo ni siquiera se hace mención a las representaciones de Ionesco en la ciudad. Sin caer en el lugar común de «la ingratitud de

Rosario hacia sus propios creadores», puede afirmarse que en modo alguno esa información hubiese sido aleatoria ya que está referida a un grupo escénico que no sólo introdujo a ese autor en el teatro local, sino que se erigió en portavoz de la vanguardia de la época y, fundamentalmente, sentó las bases de un desarrollo estético cuya influencia es posible rastrear hasta hoy. Es hora de hacer justicia, entonces, con el Teatro Independiente del Magisterio (TIM). Fundado en 1958 como grupo itinerante (que, en locales alquilados, llevó a escena piezas como *Las de Barranco*, de Gregorio de Laferrere) el TIM —surgido de un grupo de estudiantes del magisterio— no tuvo dificultad en insertarse en un quehacer en plena efervescencia. A fines de los años cincuenta, y como consecuencia de la disolución del Centro Dramático del Litoral, se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

TEXTO JOSÉ MOSET

constituyen tres nuevas formaciones (La Ribera, Los Comediantes, Meridiano 61), las que sumadas a otras preexistentes (como El Faro) o en gestación, dan vida a una actividad múltiple y variada en la que se destaca la inauguración de las primeras salas estables, en las que se representa regularmente los fines de semana. Pero al diseñar su ámbito propio en una vieja casa de la calle San Lorenzo —entre San Martín y Sarmiento, a mitad de cuadra de la vereda norte, construcción demolida hace años— el TIM se diferencia notoriamente del resto, tanto por las definiciones que el propio grupo hacia de sus postulados estéticos y conceptuales como por la imagen que de él percibían los aficionados al teatro y el público en general. Casi de inmediato se produce una identificación con la vanguardia artística, tal como entonces se la concebía, en abierto contraste con las distintas formas del realismo frecuentadas por la mayoría, trazando una línea divisoria semejante, acaso, (aunque a escala más reducida) a la que había establecido en el teatro porteño el Instituto Di Tella. Porque en términos generales —y dicho esto con todas las salvedades y matices— el repertorio de los teatros independientes de los 60 se nutría de una nueva generación de autores, directores e intérpretes que, abandonando el tono épico de la década anterior, recurren a la conversación cotidiana para mostrar a través de pequeñas historias las desventuras de la clase media, que no comprende su situación histórica, es transparente al escenario por una nueva generación. A contrapelo de esa época, la escritura de Rosano.

Provocaciones y cortedades

Deliberadamente, el TIM apela de manera sistemática a la contrapartida de ese teatro y encuentra en las obras de Eugéne Ionesco su mejor instrumento de expresión. Autor anatematizado por la izquierda —que descalificaba la ideología subyacente— e, incluso, por los sectores tradicionales —demasiado apegados a las formas conservadoras—, Ionesco propone en sus obras un juego de irrealdad en el que los personajes no responden a ninguna línea de conducta, donde campean los cambios de identidad, la desvalorización del lenguaje y las situaciones inverosímiles como signos del sinsentido de la existencia y de cualquier esfuerzo colectivo. De ese autor revulsivo de los primeros años de la segunda posguerra, subieron a escena *Las sillas*, *La cantante calva*, *La lección*, *La joven*

casadera, *Jacobo o la sumisión*, entre otras. Las dos primeras fueron, al menos, —dentro de lo relativo de la calificación para una actividad no profesional— verdaderos éxitos y permanecieron mucho tiempo en cartelera. Actrices como María Teresa Gordillo, Sara Lindberg y Mariana (seudónimo de Ana María Rossi), actores como Arnaldo Colombaroli, Juan Ángel Pavicich y Andrés Macek, fueron —junto al escenógrafo Ariel Bianco y al iluminador Néstor Zapata— puntales de este grupo que dirigió Carlos Mathus. Con algo más de veinte años (nació en 1939), con irreverencia y algo de snobismo, Mathus no sólo dirigió esos textos de Ionesco, sino que buscó a otros autores que pretextaran versiones no convencionales (del ruso Arthur Adamov, otro francés adoptivo que tuvo una primera etapa autoral afín



con el absurdo, estrenó *La parodia, Como hemos sido y El profesor Taranne*, se aventuró a una libérrima adaptación de *He visto a Dios*, de Francisco Defilippis Novoa, prototipo del grotesco criollo que fue desprovisto de todos los elementos propios del género, y básicamente dio rienda suelta a su vocación de dramaturgo, mucho antes de su muy representada *La lección de anatomía*. En Rosario y con el TIM, Mathus dio a conocer títulos como *El juego, El ángel, Molto vivace, Sketch*, experimentos formales deudores, sin duda, de aquellos creadores europeos, no siempre logrados, pero que cumplieron acabadamente con su función provocadora. Una función un poco magnificada por los mismos protagonistas, quienes en marzo de 1963, al cumplir un lustro de actividades, declaran: «Desde su fundación, el TIM se mantuvo dentro de una línea personal, fuera de toda tendencia ideológica y en oposición a las formas caducas de un teatro convencional, basando su creación en la labor personal de cada uno de sus miembros para renovar constantemente sus formas de expresión...» Sobre la percepción de los espectáculos del grupo en los medios tradicionales, es muy ilustrativa la crítica publicada el 10 de agosto de 1962 en el diario *La Capital*, a propósito del estreno de un doble programa compuesto por *El profesor Taranne*, de Adamov, y *El maestro*, donde el texto homónimo de Ionesco fue incorporado a un collage con otros de Brecht, Kuffel y Mies van der Rohe. «El teatro —dice Enrique E. Carné— está destinado no solamente a los

'iniciados' sino a multitudes, por lo tanto sus obras no debieran presentar problemas psíquicos que resulten abstrusos ni develar mundos interiores tan complejos como para que sólo unos pocos puedan desentrañarlo, sino dar, en cada caso, personajes tan grávidos de vida como para que puedan hallar siempre el camino que lo haga accesibles al espectador». El tono admonitorio del crítico —quien evidentemente desconocía una corriente de la dramaturgia mundial que a esa altura, incluso, había perdido buena parte de su poder corrosivo— no se prolonga al espectáculo en sí mismo, del que sólo dice que en la puesta en escena Carlos Mathus «ha tratado de penetrar hasta el fondo del pensamiento del autor, para hacer creer que lo ha logrado», y agrega que hay «un elenco correcto». Pero la

cortedad de la crítica en épocas del teatro independiente es otra historia.

Tres años, tres décadas

Al concluir 1965 el TIM es contratado por la Municipalidad de Buenos Aires para representar, en un teatro de verano del barrio de Palermo Chico, *El juego*, de Mathus. El grupo ve en ello «la posibilidad de su radicación definitiva en la capital de la república, hecho que no hubiera deseado en circunstancias normales, pero que se ha tornado imprescindible dada la precaria situación en la que debía actuar en nuestra ciudad, agravada por la incompreensión y las trabas de ciertos organismos oficiales». Por esos días anuncia en las carteleras de los diarios *Sur*, *Despertar* y *La Capital* sólo tres años de haber inaugurado su sala. Si bien una parte del grupo se

El drama más cómico del año!



t.i.m. teatro
san lorenzo 1068



presenta
LA REIDERA
COMEDIA DE
E. Ionesco


“JACOBO O LA SUMISION”

SABADOS 22 Hs. - DOMINGOS 18,30 Hs.

radicó efectivamente en la Capital Federal (Mathus, Bianco, Rossi), hubo quienes no compartieron la idea del traslado para «continuar la batalla desde el interior del país»; de ese modo, Gordillo, Lindberg y Zapata, a quienes se agrega Miguel Ángel Daga, dan a luz a Arteón, Organización de Arte, que ya desde la denominación expresa un cambio de actitud con respecto a los clásicos lineamientos del teatro independiente, proponiendo una tarea integral, asentada económicamente en las exhibiciones cinematográficas. En materia teatral, introduce la modalidad de la creación colectiva, procedimiento que descarta el texto de autor para reemplazarlo por las aportaciones de actores y directores: «Tratamos de buscar —recuerda María Teresa Gordillo— un lenguaje actual, basándonos en temas nacionales y, en lo posible, locales; no fue fácil de lograr, por supuesto, porque nosotros, los que habíamos trabajado en el TIM, heredábamos otra historia y por eso en nuestros primeros trabajos se advertían muchas influencias...» En años sucesivos, Arteón estrenó las creaciones colectivas *Panfocus*, *Cosacontagio*, *Pequeña Bárbara*, *Nuestro pan*, *Compañero país*, en las que —paradójicamente— los temas sociales son núcleos de los espectáculos. Tanto esa inspiración popular como la revalorización de la expresión plástica del actor (opuesta, en lo esencial, a cierta ortodoxia en la aplicación de las teorías de Chekhov y Stanislavski, de los muchos otros grupos abrevaban) conformaron una tendencia que



fermentó en una serie de seguidores, más o menos interesantes. Una variable original fue la Casa Discepolin, encabezada por Chiqui Discepolin, director de teatro que, a su vez, continuó proyectándose en una nueva generación de

potenciales creadores. Hoy, tres décadas después (1994), muchos de los hombres y mujeres que, —con aciertos y limitaciones— dieron origen a esta experiencia en la casona de San Lorenzo 1068. 

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

SALVADOR COSTA PARGA, EL ANTI-PERSONAJE

Babel en Echesortu

«Tengo el don de lenguas, como los apóstoles». Tal era la convicción de Salvador Costa Parga hace cinco años. En él encarnó una erudición olvidada por sus conciudadanos.

O CURRÍO DURANTE UNA LEJANA TARDE, EN LA Redacción. Allí, donde nunca cesa el aprendizaje sobre la sociedad de los hombres y sobre el hombre, ser individual, conocí a quien, duro como soy para asimilar idiomas extranjeros, me colmaría de asombro: Salvador Costa Parga, docente entonces en la cátedra de lingüística de la Escuela de Antropología de la Universidad. (Era el tiempo de Orta Nadal, Sbarra Grasso y Fernández Guizetti). Más que personaje, le diríamos anti-personaje, tal jo poco que la comunidad lo tiene en cuenta. Le pregunté qué idiomas sabía. El obvio castellano; los ineludibles francés e inglés, el italiano, el alemán, arduo; el portugués. También el ruso, el ucraniano, el polaco de resonancias heroicas; el búlgaro, el ruso. En el griego, babilónico, mofa quizá del esperanto, faltarian acaso el griego, de enorme

literatura; el latín, ilustre? Claro que no. Mencionó lenguas menores, dialectos incluso. El romance, el gallego («Sabiedo portugués, jignoraría el gallego?»); en gallego dialogaron esa tarde Costa Parga y un compañero del diario. Con otro, Costa Parga, hablaría en calabrés.

«Tengo el don de lenguas, como los apóstoles», dijo. Lo reencontré ayer no más, veinte años después. Compartimos por un rato la extremada sobriedad de su ámbito de estudio y docencia, casi celda monacal. Allá en Echesortu, un pasillo lleva desde la calle al lugar de trabajo, insólitamente metido en un amplio terreno, con cierto aire silvestre. En éste, Costa Parga, enamorado de la vida natural, cultiva una quinta, alternando su vocación botánica con su materia, diccionarios, la Biblia en muchedumbre de idiomas. Me recibe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

TEXTO RAÚL GARDELLI

afable, y conversamos junto a fatigados volúmenes, víctimas del uso constante. Estimula el ánimo la aromada brisa que llega de la huerta. La barba, de blancura total, no quita transparencia a su rostro, ni a la brillantez de sus ojos, que prevalece sobre la miopía.

—¿Y el sánscrito?

—Estudio científico. Como mi estudio del fenicio, y el del quechua. En 1964 presenté un trabajo acerca del aporte del filandés al quechua, sobre todo en vocabularios. Para mí es un misterio cómo se operó ese aporte.

En el archivo de Sidoc (centro universitario de investigación) duerme un trabajo suyo referido al guaraní. «Un domingo analizaba yo concepto filosóficos guaraníes acerca del espacio-temporal, y al hallar la voz ara (cielo, cielo iluminado, espacio en que vivimos) recordé igual palabra, ara, con igual concepto, en el habla oceánica. De Polinesia había llegado a toda la familia idiomática del guaraní, a través de Indonesia y el sudeste de Asia». (Costa Parga enseña el guaraní que se habla en Brasil, Paraguay, Corrientes y partes de Venezuela, Bolivia y Perú).

—¿Y el vasco? ¿Y el chino?

—Del vasco, apenas nociones.

Chino mandarín estudio desde hace más de cincuenta años, pero no lo sé.

Puesta su mente quizá en los miles de idiomas diseminados por el mundo, agrega: «Todas las mañanas me despierto pensando en mi idioma, y, al salir a caminar, a la vez su sentido del humor hizo que, captada por él, mi índole pacífica y mi

casi invencida timidez, me dijera, sonriendo, que Raúl deriva del germánico antiguo (Radulfus—yo ya lo sabía—) y significa lobo consejero, y de Hord, lobo glorioso; mi apellido materno, López, del latín lupi (lobos).

—Es usted dos veces lobo.

Al caminar de regreso por el soleado Echesortu, me senti solidario, más que con el lobo de la etimología, con su quizá pobre descendiente, ese perro callejero que pasaba a mi lado. 🐕

Babel en Echesortu

R
E
S
O
N
A
N
C
I
A

por Raúl N. Gardelli



corrí durante una lejana tarde, en la Redacción. Allí, donde nunca oíra el aprendizaje sobre la sociedad de los hombres y sobre el hombre, ser individual, conocí a quien, dado como soy para analizar idiomas extranjeros, me salvaría de naufragar. Costa Parga, docente empujante en la cátedra de lingüística de la Escuela de Antropología de la Universidad. (Era el tiempo de Ota Nabal, Biorra Girono y González Guitiérrez). Más que personaje, le diríamos santipersonaje, tal lo poco que la comunidad lo tiene en cuenta.

Le pregunté qué idiomas sabía. El obvio castellano; los indolábres francés e inglés, el italiano, el alemán, el árabe, el portugués. También el ruso, el ucraïniano, el pulaco de resonancias hebraicas, el noruego y el japonés. En ese ámbito babilónico, me dió quizá del esparano, (hablaba acaso el griego, de enorme literatura; el hebreo, Israelí; Clavero un Memnon; algunas lenguas de América indio). El alemán, el francés, el italiano, el portugués, el español, el inglés, el profesor del diario. Con otros, Costa Parga, biblioteca no catalogada.



«Tengo el don de lenguas, como los apóstoles», dijo. Lo recordé ayer, no más, veinte años después. Comparamos por un rato la extensa adscripción de su fanatismo de estudio y docencia, con el crida monástico. Allí en Echesortu, un pasillo, fuera desde la calle al lugar de trabajo, indicativamente marcado en un amplio terreno, unos cuantos años vivimos. En diez, Costa Parga, empujante de la vida natural, cultivó una quinta, alternando su vocación botánica con la consulta de obras fundamentales de su materia, diccionarios, la Biblia en machuchambre de idiomas. Me recitaba, y conversamos junto a fatigados volúmenes, víctimas del uso constante. Entendí el cómo la aromada brisa que llega de la huerta. La barba, de blancura total, no quita transparencia a su rostro, ni a la brillantez de sus ojos, que prevalece sobre la miopía.

«¿Y el sánscrito?»
«Estudio científico. Como mi estudio del fenicio, y el del quechua. En 1964 presenté un trabajo acerca del aporte del filandés al quechua, sobre todo en vocabularios. Para mí es un misterio cómo se operó ese aporte.»

En el archivo de Sidoc (centro universitario de investigación) duerme un trabajo suyo referido al guaraní. «Un domingo analizaba yo concepto filosóficos guaraníes acerca del espacio-temporal, y al hallar la voz ara (cielo, cielo iluminado, espacio en que vivimos) recordé igual palabra, ara, con igual concepto, en el habla oceánica. De Polinesia había llegado a toda la familia idiomática del guaraní, a través de Indonesia y el sudeste de Asia». (Costa Parga enseña el guaraní que se habla en Brasil, Paraguay, Corrientes y partes de Venezuela, Bolivia y Perú).

«¿Y el vasco? ¿Y el chino?»
«Del vasco, apenas nociones. Chino mandarín estudio desde hace más de cincuenta años, pero no lo sé.»

Puesta su mente quizá en los miles de idiomas diseminados por el mundo, agrega: «Todas las mañanas me despierto pensando en mi ignorancia, y trato de subsanarla». Tal vez su sentido del humor hizo que, captada por él, mi índole pacífica y mi casi invencible timidez, me dijera, sonriendo, que Raúl deriva del germánico antiguo (Radulfus—yo ya lo sabía—) y significa lobo consejero, y de Hord, lobo glorioso; mi apellido materno, López, del latín lupi (lobos).

«Es usted dos veces lobo. Al caminar de regreso por el soleado Echesortu, me senti solidario, más que con el lobo de la etimología, con su quizá pobre descendiente, ese perro callejero que pasaba a mi lado.»

Raúl Gardelli se parodia.

El hábito de cambiar

Atravesada por modas, invadida por ocurrencias o sacudida por un paisaje que aunque cercano estuvo durante años lejos de su percepción, la gente de Rosario sorprendió, los últimos trece años, con usos y costumbres que se enfrentaron con la tradición. De esta profanación, a veces deliberada y otras inocente, surgieron transformaciones que la revista registró y, en el mejor de los casos, intentó analizar. Algunas de esas transformaciones fueron efímeras y entonces se volvió a lo de antes. Otras llegaron para establecerse y ahora esperan el viento humano que las modifique.



Durante los primeros años de gobiernos democráticos en la ciudad a partir de 1983 se insistió con lo que, por entonces, parecía ser una extraña frase: los rosarinos hemos vivido de espaldas al río. Obras diversas de infraestructura y saneamiento, y una profusa campaña de comunicación, acabarían, casi diez años después (en diciembre del 94), por mostrar un paisaje inusual en las playas de La Florida y en las islas situadas frente a Rosario. «Superando las previsiones más optimistas, a las islas llegan entre diez mil y doce mil personas cada domingo», decía el informe publicado en la edición de *Vasto Mundo* de ese verano, que llamaba asustado a esa explosión con un título sugerente: «Al agua, rosarinos».

Número 7, diciembre de 1994.



«Rosario guía los pasos de la moda. Las marcas porteñas esperan el lanzamiento de las colecciones de sus pares rosarinas para definir las líneas de las suyas», decía, con convicción, el periodista Ricardo Luque, al investigar sobre el auge del diseño, fabricación y comercialización de ropa informal en la ciudad. Las marcas rosarinas de mayor renombre fabricaban a mediados de los 90 entre doscientas y trescientas mil prendas por mes, con un movimiento de dinero que oscilaba entre ocho y doce millones de dólares. Sus productos se ponían a la cabeza en las preferencias de un espectro amplio de gente, aunque su target eran los jóvenes de entre 15 y 25 años. Para esa fecha, la industria rosarina de ropa informal había ratificado su liderazgo sobre firmas multinacionales, confirmando los indicios que aparecieron a fines de los 80».

Número 7, diciembre de 1994.



La urbanización borró del mapa los baldíos y propuso un trueque a los apasionados del fútbol: jugar sobre alfombras verdes, bajo techo, con arcos con redes de verdad y otras ilusiones. Fútbol cinco, soccer o indoor fueron las novedades en Rosario durante la primera mitad de la década del 90, y le pusieron precio y cronómetro al placer de pegarle a la pelota. En 1994 había en la ciudad cuarenta complejos, con un total de cien canchas. En mayo de ese año, la Cámara de Empresarios del Fútbol Cinco de Rosario informaba que, en total, los cuarenta complejos facturaban entre 350 y 450 mil dólares por mes.

Número 5, agosto de 1994.



Seis proyectos ocupaban y preocupaban a los rosarinos a comienzos de 1994. Tales emprendimientos tenían la intención común de convertir a Rosario en el gran nudo de transportes y comunicación de la región, con vistas a la integración subcontinental a través del Mercosur. Ellos eran, con distintas instancias de realización a esa altura, el Puente Rosario-Victoria, la autopista a Córdoba, la hidrovía sobre el Paraná, el corredor ferroviario hacia Bolivia, la reactivación del puerto local y la transformación del Aeropuerto Internacional de Fisherton.

Número 5, agosto de 1994.



En algún tiempo fue casi impensable que los prácticos, encargados de guiar a los gigantescos cargueros ultramarinos por el estrecho Paraná, pudieran cumplir su labor sin el «escandallo», viejo emblema del oficio, devenido símbolo de lo que las computadoras vinieron a reemplazar. En enero de 1996, algunas boyas ya no estaban en sus sitios de antaño y comenzaba a temerse en cuenta la información suministrada por una red de satélites que, desde la órbita planetaria, escudriñaba la superficie terrestre y subacuática. Esa información, que hacía años daba sustento a la navegación satelital de ultramar, comenzaba a irrumpir en la navegación fluvial y desataba un debate en la ribera del Paraná. Algunos, a favor de los cambios, decían que había que acabar con la historia de navegar «con el «escandallo» y el sauce». Otros, aferrados a la tradición, replicaban: «Un chaparrón o un camalotal son suficientes para que el radar se ponga blanco...».

Número 11, enero de 1996.



«La comunicación se expande y hace escuela. O mejor: hace institutos». Con esa sentencia, no exenta de ironía, **Vasto Mundo** se lanzaba a contar un fenómeno inusual: en Rosario, el comienzo de la década había multiplicado los lugares que brindaban a los jóvenes la posibilidad de convertirse en periodistas, diseñadores gráficos o industriales, publicitarios, realizadores televisivos o comunicadores. Tradiciones y novedades tecnológicas de vertiginoso desarrollo convergían en esa postal, en la que podía también apreciarse un dato elocuente: el prestigio que tributaban los medios de comunicación se posaba sobre esas carreras, adicionándoles un plus de status. Además, la Universidad perdía alumnos a manos de otros institutos terciarios. **Número 9, julio de 1995.**



«Entre el arraigo y la dependencia», decía el título del dossier dedicado a la historia de la televisión rosarina que, en noviembre de 1994, se aprestaba a cumplir treinta años. Al analizar ese presente, el periodista Daniel Briguet indicaba que el historial de la tele vernácula exhibía, por un lado, el crecimiento empresarial, y, por otro, acompañando esa prosperidad, una progresiva dependencia de la televisión porteña. La producción local televisiva seguía siendo, en 1994, poco menos que una utopía, y el conductor Raúl Granados, al cantar sus días frente a cámara, contaba también los veintidós que en Rosario tuvo desarrollos y retrocesos. **Número 6, octubre de 1994.**



Stogues
 La FM comunitaria había irrumpido en Rosario a mediados de los ochenta. El bajo costo para su instalación y el alcance de sus emisiones frente a un gran público fueron sus virtudes, que tentaron a sectores populares con necesidades comunicacionales diversas a construirlas y ponerlas en funcionamiento. Una década después, ese proyecto con fines solidarios encontraba serias dificultades para sostenerse. Por entonces, unas 170 FM alternativas emitían sus señales desde Rosario, una cifra si se quiere abultada para las dimensiones de la ciudad, pero reducida si se compara con el número de habitantes. **Número 6, octubre de 1994.**

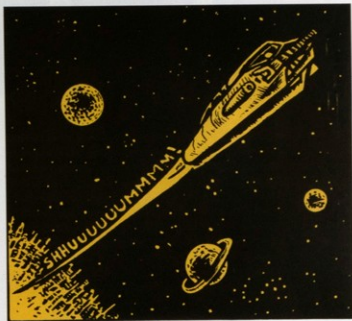
Las FM comunitarias habían irrumpido en Rosario a mediados de los ochenta. El bajo costo para su instalación y el alcance de sus emisiones frente a un gran público fueron sus virtudes, que tentaron a sectores populares con necesidades comunicacionales diversas a construirlas y ponerlas en funcionamiento. Una década después, ese proyecto con fines solidarios encontraba serias dificultades para sostenerse. Por entonces, unas 170 FM alternativas emitían sus señales desde Rosario, una cifra si se quiere abultada para las dimensiones de la ciudad, pero reducida si se compara con el número de habitantes. **Número 6, octubre de 1994.**



«Ser roller en Rosario es ser adolescente, vestir ropas holgadas y tener una determinada cosmovisión que habrá de condicionar un modo de ser... Es enfrentar la discriminación por amor al riesgo. Es pertenecer al grupo de locos que asustan a los peatones...». A comienzos del 97, las calles de la ciudad (las asfaltadas) eran surcadas por jóvenes que, a la velocidad de un rayo, se desplazaban sobre patines en línea. Aparecía así en la ciudad una costumbre no sólo de divertirse, sino de cruzar la vida misma, que construyó rampas, forzó los cuerpos e, inevitablemente, rasgó las pieles ante cada porrazo.
Número 13, abril de 1997.



Un inmenso galpón frente al río sirvió, a fines de 1995, de contenedor de distintas disciplinas artísticas no catalogables en el marco convencional de los museos, galerías de arte e instituciones. A cubrir esas necesidades artísticas estaba llamado el Centro de Expresiones Contemporáneas (CEC), un espacio cuya programación tenía en cuenta especialmente a los jóvenes. La intención de la política cultural con el CEC era que los jóvenes, según decía su entonces directora, Chiqui González, se acercaran a otras opciones. «Que las generen, que se produzca un pensamiento crítico que sitúe al joven con su historia, con su cuerpo, con lo que vendrá», añadía Chiqui.
Número 13, abril de 1996.



«Internet conecta 45 millones de personas alrededor del mundo, de las cuales 36 mil viven en la Argentina y 600 en Rosario». Así estaban las cosas a mediados de 1996 en la red y en el uso que los rosarinos hacían de la misma. Unas cifras aquellas, una estadística, que hoy moverían a risa a más de un lector, a raíz del sorprendente crecimiento del número de usuarios que se registró después. Pero por entonces Internet era aún una rareza, «una suerte de Biblioteca de Babel futurista», según comparaba el informe de Vasto Mundo, cuya leyenda bajo el título sentenciaba, no sin ironía: «Internautas en Rosario, o de cómo saltar del Tercer Mundo a la red».
Número 17, diciembre de 1996.

Vivir a bordo



Roberto, Omar y Guillermo no viven en alta mar; tampoco en embarcaciones que navegan sobre el canal profundo del Paraná. Sus casas son barcazas flotando sobre los arroyos, en los márgenes de Rosario.

AGUA: DEL LATIN AQUA, SUSTANCIA FORMADA por la combinación de un volumen de oxígeno y dos de hidrógeno, líquida, inodora, insípida. Es el componente más abundante de la superficie terrestre y más o menos puro, forma la lluvia, las fuentes, los ríos y los mares. Esta es solamente una de las docenas de entradas que tiene la palabra en el Diccionario de la Real Academia y a manera de introducción resulta incompleta y algo falsa. Casi nunca es inodora, pocas veces insípida y la definición también omite los arroyos.

Las razones que llevan a las personas a vivir en el agua son de una complejidad aparente o de una simplicidad extrema, pero siempre personales, diferentes entre sí y únicas. En Rosario, como en cualquier otra gran aglomeración urbana, existen casas flotantes y estancias. Ubicamos en dos arroyos que forman parte de su historia y que les sirven de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

TEXTO PABLO ROBLEDO
FOTOS PIETRO BOLOGNA

CONICET



I E C H

Vasto Mundo



límite: el Saladillo y el Ludueña. Sus historias, así como las de otros cientos de miles, tienen el sabor de la aventura y la extrañeza de lo cotidiano, tienen también el destino de ser escuchadas.

Privado

Omar vive y trabaja en la Lady Amanda, una embarcación que duerme bajo la sombra vigilante de la gran chimenea del frigorífico Swift. Se siente bien viviendo en el agua, la reconoce como su espacio, aunque la noche —cuando todos vuelven a sus casas— le parece triste y oscura, incluso le da un poco de miedo. «La soledad de la embarcación te lleva a ser más lúdico, inventarte juegos, te vuelve dicharachero. No me gusta la soledad pero me gusta este trabajo, siempre es difícil estar solo, pero algunas cosas te compensan. Yo en el agua me oriento mejor que en tierra, conozco cada banco de arena, cada árbol de la isla, pero la última vez que

fui por tierra a la zona del Monumento, me perdí». Y cuenta que a pesar de estar ahí nomás, no se siente viviendo en Rosario, no se siente parte de la ciudad.

Quizás porque le cuesta diferenciar su hábitat de su lugar de trabajo, que por cierto son la misma cosa o, tal vez, porque tanta espera lo lleva a la metáfora del preso en la cárcel: Omar prefiere seguir viviendo con las puertas abiertas, cebar mates con la complicidad del atardecer, escuchar la música que otros eligen para él en la radio, siempre abierta, en el barrio que le ha tocado en suerte. Porque el amarradero de su embarcación es su barrio.

Luna quisiera morir arriba de un barco, donde se conoció con su mujer, donde se casó y donde, por muchos años, vivió con ella y sus cuatro hijos. Un barco abandonado en la desembocadura del Ludueña, que vio crecer y cambiar toda la zona, que resistió furiosas tormentas, que se convirtió en sala de baile y que, también, desapareció. Trabajando en una de las pescaderías que se hallan sobre el puente de Refinerías, ese chaqueño emigrado a la supuesta prosperidad del sur, hace una pausa y se pone a calcular la edad de un surubi por las manchas de la piel. Luego, como enfrascado en el recuerdo de un largo sueño del cual acaba de despertar, habla: «Encontré al Santa Elena casi destruido, por donde estaba la usina vieja. Lo reparé un poco para hacer habitaciones en los camarotes, cocina, baños, casi que lo reinventé», afirma orgulloso y sigue: «Pero arriba del barco la vida era dura, muy distinta, en la ciudad hablando con vos la gente se entiende, pero a un barco no se acerca casi nadie, cambia el ritmo de vida y hasta la forma de pensar. Veíamos a la gente de la ciudad muy distinta a nosotros, nosotros no teníamos esa maldad que tiene la gente de la ciudad, teníamos más diálogo, más comprensión».

Ahora llora, con unas lágrimas que sólo se encuentran en el recuerdo de

las cosas más queridas, y trata de justificar lo que no necesita justificación alguna, con la excusa de que nunca nadie —hasta ahora— le había preguntado algo sobre su vida en el barco. «Los bailes se armaban en la bodega, porque después de un tiempo pasamos a ser cuatro familias las que habitábamos el Santa Elena y venían los amigos y algunos vecinos de la costa y así se celebraban cumpleaños y aniversarios. Los días de tormenta eran muy feos porque nunca sabíamos si el barco se iba a ir a pique o no, entonces, por las dudas, yo bajaba a mis hijos a tierra y les armaba una carpita mientras el resto se distribuía las tareas de protección, como la de colocar cubiertas viejas al costado para amortiguar los golpes o sacar con baldes el agua que iba entrando por los agujeros», sigue contando, ahora casi a media voz. Los hábitos eran distintos, caminar despacio y sin hacer ruido porque nunca se estaba seguro de las condiciones en que se hallaba la madera por la cual caminaban, no gritar por respeto al descanso de los demás y a los turnos de trabajo que esa especie de autogestión comunitaria les imponía, salir a las avenidas a ver si se podía vender algo de lo pescado durante la noche o conseguir alguna changa extra que aliviase los apremios económicos, pero lo que era siempre igual era la presencia amenazante de la ciudad. Rosario era como un monstruo y no llegaban a comprender por qué los otros vivían ahí, en una ciudad cerrada de la que Luna y su familia no se sentían parte. No obstante, Luna afirma que cuando sus hijos crezcan y se vayan, él y su mujer volverán a buscar un barco donde vivir, donde ser felices a su manera.

La ciudad desde aquí adquiere un aspecto particular, asegura Guillermo, «en vez de un paisaje urbano de edificios horizontales aquí tenemos esto», y señala lo que él nombra como el monumento al barco, un viejo barco que fue subido a tierra para ser reparado y nunca volvió a ser botado,

Archivo Histórico de la Revista Argentina www.ahia.com.ar



Mateada sobre el Saladillo. «No aceptaría nunca pagar un alquiler para vivir encerrado en una casa de material», dice Roberto.

una versión acuática de lo que podrían ser las famosas tumbas a los soldados desconocidos. Guillermo también vive y trabaja en el Lady Amanda, aunque a diferencia de Omar, se siente parte de Rosario, le gusta la idea de pertenencia. «Por la casa de la mayoría de la gente pasan colectivos, por aquí pasa el ruido del agua. La vida es apacible y tranquila, uno se despierta y no tiene que lavarse la cara o arreglarse para salir a trabajar, porque la barca ya es el trabajo, entonces junto con las máquinas ponemos la pava y nos preparamos despacio para un nuevo día. Al principio no te das cuenta, no te tomás el lugar como tu casa, pero después pensando te das cuenta de que te pasaste o te vas a pasar las dos terceras partes de tu vida en la embarcación y comenzás a tomarle apego a la magia de las pequeñas cosas, como la niebla desde el camarote en las tardes de invierno, la diaria rutina de cocinar o de asar un pescado en la orilla, las siestas del verano», sigue, casi monologando, sólo interrumpido por el sonido del motor de alguna lancha de pescadores o el ruido sordo del tráfico sobre el puente.

«Claro que también tiene sus contras, como por ejemplo la falta de intimidad o el hecho de que después de haber vivido en la tierra firme se convierte en una especie de tierra de nadie, hay lugares a los que

después de las 2 de la mañana directamente no se puede ir porque son muy peligrosos, ya sea por la posibilidad de ser robado o por el tipo de movimientos que se pueden observar. Pero aquí tenemos un sistema de seguridad bastante sofisticado basado en el lema de que cara que no se conoce cara que es preguntada adónde va, aparte de que el agua actúa como una especie de frontera entre nosotros y la ciudad», trata de equilibrar Guillermo, pero no puede disimular el hecho de que para él los pro desbancan a los contra. «Cuando vinimos a vivir no había ni gas, ni agua, ni luz, ni nada, de a poco tuvimos que ingeniarnos para ir consiguiendo todo eso, lentos, con paciencia de gatos. Trajimos agua desde los baños de la terminal de colectivos, pedimos la luz a Villa Gobernador Gálvez, conectamos el gas y hasta árboles plantamos en este nuestro pequeño barrio. Donde antes había escombros, tanques hundidos, ratas gigantes, fierros y todo tipo de basura, ahora hay un lugar con onda», sonríe orgulloso, haciendo un pequeño gesto de complicidad hacia la barcaza semihundida en medio del arroyo. La Facultad de Derecho tiene en Guillermo a un alumno bastante particular, ya que él siempre hizo materia de Derecho en forma irregular, pero ahora es la primera vez que está cursando en forma regular. «Allí casi

no comento mi forma de vida porque es medio raro, cada dos por tres conozco gente y ¿cómo les planteas que vivís en el Saladillo, en el arroyo a bordo de una embarcación? Hay que dar muchas explicaciones y yo no las doy, me voy a mi casa digo y chau. No es que sienta discriminación pero sí veo que hay una cierta curiosidad. Más de uno sueña con pasar una noche en una embarcación y dormir aquí. He invitado a mucha gente que les ha encantado el lugar, porque para ellos es inusual, no es normal. Es salir de la rutina de tener que pagar expensas, luz, alquiler, de que no llegan a fin de mes, etcétera. Aquí en cambio no hay dos días iguales, hay mucha vida social, están las salidas a trabajar, el viento, el zarandeo, la lluvia, las mojaduras, las historias de la noche...» y como una letanía se repiten los antidotos anti rutina.

A manera de pecado no redimido pero confesado Guillermo no oculta que puesto entre la obligación de elegir entre tierra o agua, él, se quedaría con la primera, pero es como si nunca lo hubiese dicho.

Sultán es el perro más conocido del lugar, por su simpatía pero por sobre todo por la antigüedad de su amo, que lleva siete años viviendo como vecino de Lady Amanda, en una embarcación sin nombre, al menos visible. Como la mayoría de sus colegas, Sultán vive de lo que se encuentre por los alrededores, pero también tiene el privilegio de estar bajo la protección de Roberto que, cuando le silba llamándolo, sabe que su mejor amigo vendrá presto y le extenderá la pata delantera izquierda. Aparte de hablar griego e inglés, Roberto tiene como pasión el bingo y cuando llega el momento de revisar todo el tiempo vivido en un mundo de números, el oráculo se trata, por propia experiencia y por conocimiento de

Bienvenidos al Lady Amanda. «Por la casa de la mayoría de la gente pasan colectivos, por aquí pasa el ruido del agua», compara Guillermo.



terreno. «Sí, Rosario, claro que soy parte de Rosario. A lo único que voy es al bingo. Prefiero estar aquí que en la ciudad propiamente dicha, cuando me da la locura me voy al centro pero no aguanto más de dos o tres horas caminando. Miro 2 o 3 vidrieras, entro al bingo y me vuelvo. Antes trabajaba en un bowling, llevando tripulantes de los barcos y ayudando, pero después empecé a ir a la isla y ahora, lo que en realidad prefiero, es la isla. Allí no hay olor ni contaminación, aquí tengo que andar con dos pantalones». Juegetea un poco con su perro y muestra la parrilla que construyó con sus propias manos para que la comunidad del amarradero pudiera juntarse alrededor de algún que otro fuego.

«No me gusta vivir en una casa, para eso me voy a la isla. Por más que tenga un buen trabajo no aceptaría nunca pagar un alquiler para vivir encerrado en una casa de material. ¿Para qué vivir prisionero de las cosas modernas si en una lancha o llegado el caso en alguna casa de madera, paja y barro se vive mejor?. ¿para qué empezar a pensar en comprarse un lavarropas, un microondas o un televisor color si se puede vivir de otra manera?», se pregunta Roberto dando

por respondida la cuestión desde el mismo tono con que formula la pregunta.

«Antes pasaba bien los días, pero ahora la crisis afecta a todo el mundo, entonces que a mí me dejen tranquilo con mi radio, mi televisión en blanco y negro y la lancha en donde vivo que yo así me entretengo» es el mantra con que se burla de la sociedad de consumo.

A Rosario la ve fea, horrible, llena de chicos pidiendo y es a lo mejor por eso que prefiere quedarse allí, en el Saladillo, cerca de donde nació, en su miniciudad en el agua que lo separa de la ciudad de verdad, en lo que él considera su comunidad.

Adonde también tiene por vecino a Santiago, el tercer habitante del Lady Amanda, callado, con las palabras justas cuando hay algo que decir, amante sin obligación del lugar y que, a diferencia de Guillermo, obligado a elegir se queda con el agua, el agua del río que lo vio nacer y a la que vuelve cada día como uno vuelve a las viejas costumbres, a las cosas que lo constituyen.

Barco: construcción cóncava de madera, hierro u otra materia, capaz de flotar en el agua y que sirve de medio de transporte, dice ahora el

diccionario, olvidando que en sus diversas acepciones también puede servir como lugar para vivir. Omar relajando su cuerpo en las noches de puertas abiertas, Luna encendiendo un candil hecho con tarros y trapos de algodón en la oscuridad del casi Paraná, Guillermo volviendo a medianoche de la facultad para oscilar con el leve movimiento de la corriente, Roberto jugando con Sultán bajo las luces de débiles faroles suburbanos, Santiago disfrutando de las anécdotas que le brindan los días distintos.

Palafitos de Belén, barcazas del Sena en París, lanchones de los canales de Amsterdam, yates ocupados del Támesis en Londres, viviendas flotantes del centro de Bangkok, superficies ambulantes hechas de troncos del Ganges en Calcuta, embarcaciones del Ludueña y el Saladillo en Rosario. Imágenes como fragmentos de la memoria, miradas reflejadas en fotografías, historias de vida a orillas de las grandes ciudades, grabadas como tatuajes en el paso de los días. Flotando fijas en la retina de los pueblos, con la grandilocuencia efímera de los líquidos y la solidez incorruptible de un feroz material. ↓



Archivo HISTÓRICO de REVISTA ARGENTINA

www.ahira.com.ar

Tareas domésticas. «La soledad de la embarcación te lleva a ser más lúdico, inventarte juegos», comenta Omar.

La ciudad de las canciones

Canciones escritas en Rosario existieron siempre, desde aquellos tiempos imprecisos en que la ciudad comenzó a ser. Sólo que a partir de los años 80 un puñado de esas canciones, de la mano de una difusión que modificaba sus códigos y como resultado de un proceso creativo que se había profundizado en los 70, cruzó las fronteras de la ciudad. El boom de la denominada trova rosarina fue la cereza de un postre con ingredientes heterogéneos e inclasificables. Las voces que analizan, repasan y hasta cuentan acerca del origen de esas canciones quedaron registradas en **Vasto Mundo**, que también intuyó que había otras historias, la del rock después de la trova y la del jazz, que aún estaban por contarse.



«En el aspecto musical hay un cambio **cuantitativo**», decía Pichi De Benedictis a mediados de 1987. En la nota de apertura del primer ejemplar de **Vasto Mundo**, el cantautor repasaba la historia reciente de la creación musical en la ciudad y citaba, como antecedentes de un presente prolífico, las influencias del rock y de los grupos vocales. Además, definía a los talleres latinoamericanos de música popular como la alternativa para cubrir las carencias que, en ese momento, presentaba la educación musical en los establecimientos escolares: «En las escuelas hoy no se estudia música, se estudia al folclore desde una perspectiva culta». **Número 1, septiembre de 1987**



En 1987 Enrique Llopis vivía aún el éxito del espectáculo **La Forestal**, que lo había acercado de una manera notable al público. Basado en ese éxito, el cantor daba rienda suelta a sus recuerdos y repasaba su temprana vocación por la música: «Hoy que lo veo a la distancia, comprendo que en aquellos años de chico yo estaba sosteniendo una decisión, una vocación que me parecía definitiva: que nunca iba a abandonar todo eso, que yo había nacido para cantar. Después, durante la adolescencia, pensé que aquello no eran sino deseos infantiles y que la vida, en cambio, suele obligarnos a tomar otros rumbos, a meternos en otros bretes. Ahora me doy cuenta que ese niño que soñaba estaba desarrollando una vocación». **Número 2, noviembre de 1987.**

Archivo Histórico de los Festivales Argentinas | www.ahira.com.ar



«Cuando se confía en los sueños y en lo que éstos dictan como resabio de un conjunto de experiencias, creo que se está transmitiendo algo de lo más auténtico que uno posee. Yo tengo una especie de material de archivo sobre mis sueños, un cuaderno de sueños». Así, Adrián Bonizio pensaba las esencias de su arte mayor: hacer canciones. En 1988 Bonizio ya había editado su primer disco solista, había decidido quedarse a vivir en Rosario (la diferencia de otros compañeros de ruta que emigraban a Buenos Aires) y se arriesgaba también con la narrativa de algunos cuentos. Debutaba además como guionista cinematográfico al adaptar para un filme el cuento de Rodolfo Walsh Los oficios terrestres. **Número 4, agosto de 1988.**



Duran Duran y David Bowie tuvieron sus traducciones argentinas: Virus y Soda Stereo, decía el periodista Osvaldo Bazán al analizar el rock rosarino después de la trova. En la transición democrática había urgencia por decir cosas, pero luego naciera en la nueva generación una mirada más descomprometida que no olvidaba el pasado pero que exigía el derecho a ver con alegría el futuro. De esa mezcla ideológica —según Bazán— nació el pop rosarino de mitad de los 80. Efe Eme, Identikit, Graffiti, Zigzag y Tress fueron los primeros representantes de esa estética. Vilma Palma y Vampiro y su tema «La pachanga» ampliaron el recorrido. **Número 5, agosto de 1994.**



Algunas canciones fueron para Rosario como una marca registrada. La poesía, la música o la voz que las interpretaba eran parte del fenómeno pero no la agotaban. Adrián Bonizio, uno de los responsables de esa identificación de Rosario con una canción para el resto del país, se animaba con la definición: «El autor de canciones es un bicho extraño de la fauna compositiva» y esa rareza parecía el pasaporte a la popularidad. Juan Carlos Baglietto, el intérprete que dio fama a muchas de esas composiciones, contaba a su vez de qué manera escogía una canción y confesaba cuál era en los 90 la canción que esperaba ansioso hacer en un show: «Corazón de barbero», de Bonizio. Si Baglietto apostaba a la sensibilidad, Rubén Goldin no se quedaba atrás, sólo que para él lo sensible era el pasado —al menos en la génesis de su canción «Otro ángel»—, su infancia de barrio en la zona oeste, donde dejó la escuela para encharcarse a una guitarra eléctrica que no dejaría ya más. **Número 5, agosto de 1994, número 6, octubre de 1994, y 7, diciembre de 1994.**



Los Barbieri (el Gato y Rubén, el trompetista), los Corvini (Albertino y Franco), Hugo Pierre, Santiago Tito Castelli y Mariano Zarich son algunos de los rosarinos célebres en el universo del jazz.

A la manera de una reconstrucción de su historia personal, el saxofonista Rubén «Chivo» González repasaba las experiencias de una música que, desde los años 40, supo vibrar en los rincones de la ciudad. González detallaba anécdotas y vaticinaba que el jazz en Rosario, a muy poca distancia del fin de siglo, seguiría aportando músicas a un género que, decía él, ya tenía «pasaporte universal, como la música clásica». **Número 15, junio de 1988.**



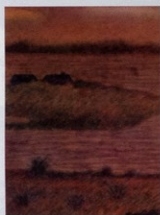
Chacho Muller construyó una de las obras más singulares dentro de la música argentina y, particularmente, del folclore. Por su austeridad convertida en recurso poderoso a la hora de escribir las letras, por las riquezas (y particularidades) de las armonías que contienen las canciones de su cuño, por sus melodías inolvidables. Cuando todavía la grabación del CD que resumiría su obra estaba en preparativos, Chacho fue reconocido por Vasto Mundo en una extensa nota realizada por Rafael Ielpi. **Número 13, abril de 1997.**

El mundo hecho a lápiz

En historietas que recorrieron páginas, en ilustraciones que se inspiraron en las notas, y otras veces poniendo el alma en una infografía, los dibujantes pasaron por **Vasto Mundo** y dejaron su huella. A color o en blanco y negro, con lápices, acuarelas, acrílicos o herramientas digitales, ellos ratificaron, por cantidad y calidad, que Rosario es una ciudad prolífica con destellos de un talento singular.



1



2



3



4



5



6

Historico de Revistas Argentinas | www.abira.com.ar

CONTECH

T E C H

Vasto Mundo



7



8



9



10

1 Peiró. 2 Macchiavelli. 3 Omar Núñez. 4 Crist. 5 O'Kil. 6 Manuel. 7 Armentano.
8 Ippolitti. 9 Kern. 10 Kovensky. 11 Zeballos. 12 Fontanarrosa.



11



12



13



14



15



16



18



19



20

13 El Tomi. 14 Michele Siquot. 15 El Niño Rodríguez. 16 Max Cachimba. 17 Flor.
18 Pedro Sinopoli. 19 Silvia Lenardón. 20 El Marinero Turca. 21 Beas. 22 Maus.
23 Juan Ayala. 24 Raúl Gómez. 25 Chachi Verona. 26 Manuel y El Tomi.



21



22



23



24



25



26

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

CONICET



I E C H

La cámara lúcida

Las voces que fueron construyendo el mundo del cine rosarino en las dos últimas décadas estuvieron presentes en **Vasto Mundo**. A su manera trataron de edificar una historia del séptimo arte por estos lares, discutiendo los problemas para el desarrollo, rescatando precursores, promoviendo los nuevos valores y señalando los «errores» de apreciación de los medios de comunicación. La revista siguió esa evolución y buscó no perderles los pasos a los creadores que retrataban a la ciudad, sabiendo que allí había un espejo de lo que Rosario había sido, de lo que era y de lo que podría llegar a ser.



«La de cineasta rosarino es una categoría improbable», decía Mario Piazza en 1987. Acababa de realizarse un concurso para cineastas y la buena respuesta del público y de los realizadores no le hacían perder la cabeza al futuro director de la escuela de la señorita Olga. «No existe en Rosario una industria del cine... sin embargo existe una producción cinematográfica rosarina, que, por desarrollarse al margen del sistema industrial, es desconocida por el gran público», continuaba Piazza y se sumergía después en un reposo de los precursores del cine en Rosario, entre los que destacaba al legendario Araldo Acosta, «un obrero de la construcción y pintor de fachada que en 1921 inventó sus cámaras en la campaña de una filmadora Súper 8 y realizó el que acaso sea el primer largometraje rosarino (Catarsis)». Número 2, noviembre de 1987



En el año 1997 los realizadores de cine rosarino estaban cansados de que los viesen como los parientes pobres de las otras artes. En un resumen de la producción de cine y video del 97 la directora Mariana Wenger iba al frente: «Creo que la gente se quedó con una imagen del cine y del video rosarino como de realizaciones pobres, una imagen que es anterior al gran salto tecnológico que pegó en los últimos años». Pero para Wenger la cuestión no era sólo la mirada desactualizada del público: los cineastas y videastas no ayudaban a una mejor comprensión del producto rosarino porque «se quejan demasiado». Más allá de la nueva tecnología, la nota reflejaba que uno de los problemas del cine rosarino ya estaba vigente: la falta de gente que vaya a ver producciones locales. Número 14, diciembre de 1997

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.arifa.com.ar

CONICET



I E C H

Vasto Mundo



En 1988 Luis Bras tenía 64 años, unos veinte alumnos en su taller de la calle San Lorenzo al 1400 y más de quinientas películas de animación realizada entre él y sus estudiantes. El año anterior había estrenado Bolero, una suerte de continuación de la célebre Bongo Rock, la película que lo había hecho famoso internacionalmente: «Bongo Rock ha sido exhibida en un ochenta por ciento de los países occidentales. A veces me encuentro con alguien que me comenta que la vio en París, en Madrid, en Barcelona...», confesaba con humildad Bras y también se reía de la extraña amalgama de objetos que formaban su taller: «Mi taller es una caja de sorpresas», para después asegurar que nunca se iría de Rosario: es «como si uno tuviera los pies pegados a este suelo». Número 4, agosto de 1988



Desde una perspectiva que buscaba la irreverencia y la complicidad, Raúl Bertone daba cuenta a mediados de 1994 del crecimiento del cine rosarino de la mano de un par de nombres: Gustavo Postiglione, Héctor Molina y Mario Piazza. El primero de ellos había realizado el primer largometraje industrial» (De regreso, el país dormido) y estaba filmando su segundo largo, Camino a Santa Fe). Héctor Molina ya le había dado forma a la elogiada Noche de ronda, y Mario Piazza había pegado fuerte con La escuela de la señorita Olga. Retomando la constante de las otras notas sobre cine de Vasto mundo, el autor del artículo señalaba la poca plata con que se hacían las películas y también el poco rendimiento económica que daban. Número 5, agosto de 1994.



A partir de un concurso municipal de cine, el periodista Daniel Briguet hacía un repaso de los ganadores, con mucho de crónica de los días de emoción y creatividad que se vivieron mientras se exhibían las obras y se esperaba conocer el nombre de los triunfadores. Los distinguidos con el galardón fueron el grupo Los Nibelungos, integrado por Pablo Rodríguez Jáuregui, Mariana Wenger y Esteban Toli, por La hiena y el realizador solitario José Luis Seguí, con la obra El carro, «un documental atípico» con momentos de sencillez pero «también poesía», según definió el cronista, quien no dejó de reconocer — con cita de Gabriela Ribera mediante — que en Rosario la realidad del cine estaba muy cerca de un arte consciente de su pobreza de medios pero con mucho fervor y sueños en la cabeza. Número 2, noviembre de 1987.



El segundo Festival Latinoamericano de Video confirmó que el encuentro había nacido para quedarse en Rosario. Vasto Mundo lo reflejó con una nota de Juan Aguzzi que señalaba la importante cantidad de público que había asistido a la muestra y las diferentes estéticas y problemáticas que se habían puesto sobre el tapete a propósito del video. En ese mismo número el mundo del cine recibía una buena noticia. Una nota de U.G. Mauro relataba el regreso del viejo Cine Lumière, en Arroyito, convertido en un centro cultural de amplia atracción para los vecinos de la zona Norte de la sala, habríamos por supuesto, pero también se abriría el juego a otras artes, como la música y la plástica. Número 6, octubre de 1994.

Del pasado efímero

A **Vasto Mundo** siempre le interesaron las historias pequeñas y las historias grandes, pero con el común denominador de yacer en el olvido. Sin nostalgia, la revista salió al rescate de ellas, para contarlas con la luz del presente. La historia nunca está hecha. Bajo ese concepto, aportar datos sobre el pasado no era una tarea de memoriosos sino una apertura de ideas que habían quedado cautivas en las hojas de viejos almanaques, esperando que alguien las revisitase.



En «Caminando en el tiempo alrededor de una esquina», el ilustre Vladimir Mikielievich contaba la historia cotidiana de una esquina de la ciudad, Mitre y Córdoba. La calle Mitre recibió primero el nombre de Progres, en 1855, y su trazado —señalaba humorísticamente el historiador— «significó la rápida desaparición de tupidos matorrales de cícuta y abrojos y cuevas de comadrejas». Pasado el tiempo, en 1872, comenzó a circular el tramway, y el centro de confluencia de las líneas era la esquina de Mitre y Córdoba. También allí se daban cita las pulperías, y en 1875 había nueve en las inmediaciones de la esquina. La política repercutía de inmediato en la esquina, que a su vez fue testigo de cómo los camilitas atacaron a gendarmes y un grupo de militares de origen franceses que se animaron a posear en pantalones. **Número 2, noviembre de 1987**



La historia de todos los días, las alegrías y el dolor de cinco inmigrantes en la Argentina fueron recreados por Gastón Bozzano en «Ellos no hicieron la América». Solitarios, sin hijos, sin dinero, los cinco entrevistados eran personas «comunes», que de distintos puntos del planeta llegaron a Rosario con la ilusión de un mundo distinto. En sus destinos se cifraba el de miles de hijos de Europa que arribaron a la Argentina persiguiendo un sueño de vida mejor. Sin embargo, el hecho de no haber logrado sus metas no los resentía; el aquejamiento en las pampas era un fuerte, en el siglo más fértil se salvó la vida frente al horror de la Segunda Guerra Mundial. **Número 3, abril de 1988.**

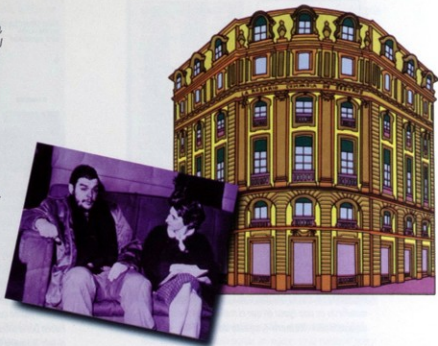


Nuevamente Vladimir Mikielievich colaboraba en **Vasto Mundo**. Esta vez lo hacía con una nota sobre la vieja cancha de Rosario Central, conocida como Talleres, porque sus equipos los integraban empleados del ferrocarril. En ese recorrido por las tierras de la memoria, Mikielievich ponía en juego su gusto por lo popular y humorístico, y recordaba las andanzas de una singular mascota de la divisa centralista: un burro. El animal se la pasaba dando coces, pero lo importante para los centralistas eran los rebuznos. Si el burro daba una, significa que el equipo perdía. Si emitía por lo menos dos, era día la victoria quedaba para el cuadro de la zona norte. **Número 3, abril de 1988.**



Parte de la vida nocturna de la ciudad está relacionada con la gente que trabaja de noche. Vasto Mundo buceó en el mundo de las trasnoches de radio como una forma de entrar a ese reino misterioso que para la mayoría de la gente son las altas horas del sueño. Esvén Segovia recorrió treinta años de trasnoche de la radio rosarina, mencionando locutores, equipos de sonido, programas y tendencias. En el relato de esa historia, también aparecía la trasnoche de las FM. Como dato final, Segovia señalaba que «la documentación antigua de las emisoras se ha perdido, quizá para siempre», y con esa pérdida se iban los recuerdos de las primeras audiciones de muchos programas para siempre. Ante tal realidad la nota finalmente terminaba apelando a la buena memoria de los noctámbulos rosarinos que pasaban las horas con la oreja pegada a la radio. Número 16, diciembre de 1998.

En una ciudad reacia a emprendimientos periodísticos independientes, según señalaba Rafael Ielpi, nacía a fines de los sesenta la revista Boom, «un mensual cuya existencia llegaría a julio de 1970, con veintidós números que se han convertido, con el tiempo, en la experiencia más importante del periodismo rosarina, e incluso regional; no sólo por su continuidad sino también por el nivel de información y opinión, además del estilo». Boom siempre estuvo atenta a la cultura pero también a los hechos sociales. En su corta vida tendría oportunidad de enfrentarse a uno de los sucesos más impactantes de la historia de la ciudad: el Rosariazo, en mayo de 1969. La revista estuvo a la altura de las circunstancias y le dio una cobertura de 14 páginas. Número 10, noviembre de 1995.



El Che Guevara es una referencia insoslayable de Rosario de cara al mundo. Vasto Mundo asumió la tarea de enfrentar el mito del revolucionario y comprobar qué había de cierto sobre su nacimiento en Rosario, además de analizar y recrear parte de la historia que lo ligaría a la ciudad. En una ambiciosa presentación, la revista hizo un dossier sobre Ernesto Guevara que se convertiría en la nota más larga de Vasto Mundo en sus treinta y tres años y en una de las más buscadas por los lectores. Anunciar el nacimiento del Che uno de los artículos arriesgados que Guevara había nacido en un hospital de San Lorenzo y certificaba que la fecha auténtica de su nacimiento había sido el 14 de mayo de 1928. Número 14, diciembre de 1997.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahra.com.ar

El lugar de la palabra

Alejada de las luminarias del centro del país, la vida de un escritor en Rosario parece ser el lugar ideal para trabajar. Los escritores residentes en la ciudad están lejos del vedetismo y de las preocupaciones esnobes y así lo demuestran en sus entrevistas, donde hablan fundamentalmente de su trabajo, de sus búsquedas y de lo que creen que son sus logros. Las figuras que viven lejos de la ciudad pero que pasaron en ella una etapa de su formación como escritores también recuerdan que la pampa de cemento junto al Paraná era un buen sitio para trabajar y para que florezcan los talentos como los eucaliptos y los limoneros en su estación.



Saer. La ocasión, novela de Juan José Saer, acaba de ganar en 1988 el Premio Nadal. «Sentí la necesidad de escribir una novela en la que hubiera una gran fluidez narrativa, es decir lo contrario a Glosa», su obra anterior. Saer además criticaba a quienes denostaban al realismo, pues decía: «Ignoran que se trata de un procedimiento como cualquier otro, y que no es de ningún modo representación de la realidad. En ese sentido, El limonero real, con su nombre, constituye una especie de manifiesto en una época en que el realismo estaba muy desacreditado». **Número 4, agosto de 1988.**



Oliva. En noviembre de 1994, Aldo Oliva estaba pensando qué poemas incluir en su próximo libro, después de la aparición de César en Dyrtrachium, ganador del Premio Musto en 1987. Oliva estaba seguro de que su próximo volumen profundizaría, sin más, la alquimia de sus versos: «Siempre escribo sobre lo mismo. Escribo sobre las posibilidades y las imposibilidades de la palabra». En ese mismo repartaje, Oliva dio cuenta del ritual que lo inició, según supone, en la tarea poética: a los 14 años, con una pluma cucharita y tinta, copió una antología de Rubén Darío sobre una resma de papel que había recibido de regalo. **Número 7, diciembre de 1994.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Trejo. Con un discurso fragmentado y que apelaba a los datos personales, el poeta Mario Trejo recordaba a otro poeta: Francisco Urondo. «Vivió y murió en su ley. Sin envejecer. Como un adolescente. Obececado en sus ilusiones. Utopía e ideales son dos palabras chirriantes y quienes las emiten están siempre fuera de juego. Paco, en vos ilusión y realidad se manosean obscenamente con el suicidio y la muerte, sombras que iluminan todos tus poemas». En esa mezcla de pasado y presente, Trejo intentaba darle una dimensión humana al escritor, y por eso lo llamaba «el hombre que quería demasiado», reivindicando más su obra literaria y su personalidad que sus concepciones políticas. **Número 16, diciembre de 1988.**



Gorodischer. A fines de 1995, Angélica Gorodischer había editado *Prodigios*, una novela que suponía un cambio en su obra, siempre inclinada hacia lo fantástico. Según la escritora, el cambio estaba pero la explicación era lúdica: «Una colega decía que no se podía escribir a puro oficio, que tenía que haber otra cosa; yo decía que sí, que se podía. Cuando se presentó la oportunidad y decidí escribir la novela, dije: Vamos a ver si es cierta. Vamos a ver si puedo escribir a contrapelo, si puedo escribir una novela tan aburrida como las de Saer o las de Piglia. No creo que me haya salido tan aburrida, pero es más difícil de leer que mis novelas anteriores». **Número 10, noviembre de 1995.**



Riestra. Jorge Riestra lamentaba, en el invierno de 1994, la «dificultad para tocar la realidad a través de la palabra» y decía que la ciudad era la que lo movía a escribir, así como el arquitecto estadounidense Frank Wright —comparaba Riestra— supuso en su momento que una casa es la inspiración del sitio donde está emplazada. «Para mí, la inspiración del sitio es lo que me lleva a escribir lo que escribo. El habla que yo trabajo es la de la zona». En su época fue el más leído, más leído y más leído por los poetas y letristas, pero les cuesta mucho hablar de la esquina en la que alguna vez conocieron a una mujer o de un eucalipto determinado». **Número 5, agosto de 1994.**



Martini. Tras un largo periplo español, a mediados de 1987 Juan Carlos Martini aún sentía los rigores de la vuelta al país y recordaba los orígenes de una de sus novelas más difundidas, El agua en los pulmones, cuya acción transcurre en Rosario. «Fue un crimen totalmente premeditado. Esta novela, escrita entre el '72 y principios del '73, no es solamente la primera que yo escribo; en ella están las intenciones de concretar una novela política y que se lea en un país que me parece un modelo que tiene sus orígenes en Estados Unidos y entonces ¿por qué no situarlo en Rosario?». **Número 1, septiembre de 1987.**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas - www.ahra.com.ar

CONICET



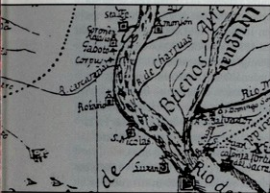
I E C H

La ciudad imposible

TEXTO CLAUDIO DEMARCHI / PEDRO CANTINI



UN PLANO SOBRE OTRO PLANO: UNO QUE se corre, no encaja, no se deja abarcar por el trazo «ideal» que, entonces, es reemplazado por uno nuevo; pero tampoco. La ciudad «real» se escapa de la red de prolijos hilos, borrona sus designios, le pone



manchones y casi no conserva rastros visibles del dibujo de sus sueños. Donde debía haber plazas o avenidas hay casas, donde debía haber casas hay vías, donde debía haber vías no hay nada, donde no debía haber nada hay otras ciudades, dentro de la única ciudad (casa de todos los que la habitan y sólo pueden esconderse en sus escondites, encontrarse donde lo permite, ver lo que no tapa, circular por donde está previsto, llegar o no llegar; seres urbanos hechos a su imagen). Si esto es así en general, Rosario es un caso particular.

Hecha en poco más de un siglo, cómo se la pensó, cómo llegó hasta aquí y cómo sigue.

La primera representación gráfica de la ciudad (1763) no dice mucho, excepto que está más cerca de Santa Fe que de Buenos Aires, de camino por la costa de un río puntuado de formas extrañas, equidistante de la capital del Virreynato, al sur, y otro Pueblo de Pampas al sur oeste. Una guberna autoridad civil o eclesiástica había mandado construir la capilla que aparece como único mojón, sin otro signo que indique población, puerto o plaza. Y es que a mediados del 1700 no había mucho más que decir. Un puñado de casas que, con todas, se hallaron cuarenta y siete, digo cuarenta y nueve, plantadas como quiera, sin regla alguna, haciendo menosprecio de todos los vientos⁽¹⁾. Tal vez 250 almas.

Como sea, medio siglo largo después y pasado el gran Mayo, alguien pensó que no sería mala idea orientar la división de tierras en la zona. La imaginó en suertes de cuatro cuadras de a 150 varas, dejando un camino espacioso y principal que conduzca al pueblo, de veinte varas de ancho cuando menos, y además caminos menos principales que conduzcan a las suertes particulares⁽²⁾. Firmó un decreto y se sentó a esperar un futuro que, por entonces, se avizoraba venturoso para los pueblos libres del Nuevo Mundo. Si por modesto que parezca ese fue el primer proyecto de Rosario, fue también el más perfecto ejemplo de ordenamiento ideal: no llegó siquiera al plano.

Es preciso no dejar crecer esta ciudad como va, sin regla ni dirección alguna —escribió casi otro medio siglo después un rosarino visionario—. Sin pérdida de tiempo debe circunvalarse lo que ya está edificado por una calle de unas 20 varas y formar para afuera calles de igual anchura o de 18 varas al menos. En la parte o recinto circunvalado, es decir, en lo que ya está edificado, debe prescribirse inexorablemente que todo edificio nuevo que se haga se introduzca dos varas. Al formar una ciudad donde abunda el terreno, es preciso pensar en el porvenir, dejando plazas y calles espaciosas. Al principio nada cuesta eso. Después cuesta muy caro, y los gobiernos tienen que gastar millones para dar desahogo a las poblaciones establecidas con estrechez, por improvisación⁽³⁾.

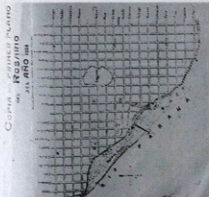
La Villa de tal vez 3.000 almas acababa de ser elevada al rango de ciudad en mérito a su posición local, que la pone en contacto directo con el interior y el exterior, su crecido número de habitantes, su comercio activo con todos los pueblos de la República y otras circunstancias⁽⁴⁾. Que entre otras cosas,

(1) Informe elevado al teniente de gobernador de Santa Fe en 1763 por un tal Pedro de Arismendy, censista.

(2) Resolución de septiembre de 1814 del entonces director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Gervasio Antonio Posadas.

(3) Carta dirigida por el vecino Nicasio Oroño al entonces gobernador de la Municipalidad en 1852 —a don Justo José de Urquiza, en junio de 1854.

(4) Comunicación de la Junta de Representantes de la Provincia de Santa Fe al gobernador Domingo Crespo, el 3 de agosto de 1852.



1858. Primer plano oficial, con laguna

cuando en apenas un lustro la población se triplicó, llevaron a las flamantes autoridades locales a encargar la primera *delineación de los edificios y calles*. Ya había un reloj público, algunas calles empedradas y con nombre, como 150 faroles y 9.785 almas debidamente empadronadas. Unas 500 carretas y 1.500 mulas de carga por mes entraban y salían de la ciudad y, en un solo año, más de 600 buques de vela y vapor se las habían ingeniado para amarrar y desamarrar en su precario puerto. La prioridad era *cegar los pantanos*, la capilla era una verdadera iglesia y el primer periódico local ya había tenido oportunidad de lamentar la demolición de un teatro.

Era 1858 y había llegado la hora de dibujar la ciudad.

Algo como un plan

Esa inquietud derivó en el primer plano oficial de Rosario y, a la vez, en antecedente de lo que podría llamarse un primer plan para la ciudad. «El plano de 1858 lo hizo el agrimensor Nicolás Grondona —explica el arquitecto Oscar Bragos— y probablemente él mismo haya sido el autor de otro hecho en 1875, que también es un plano de lo existente pero en el que ya se prevé cómo va a ser el crecimiento de la ciudad, por lo que en definitiva **se transforma en un plan**. Divide la ciudad en cuatro zonas, con una terminología que era más propia de las ciudades europeas: se habla de la sección **extramuros**, una

definición que se utilizaba para las ciudades que tenían murallas. Además estaba el **centro**, el **suburbio** y el **bajo**. El centro era lo que estaba edificado, hasta Pellegrini y Oroño, la primera ronda de bulevares, cuya apertura ya había sido decidida en una ordenanza; extramuros está después de esos bulevares, hasta lo que hoy serían 27 de Febrero y Francia, y después venían los suburbios. El bajo era lo que estaba debajo de la barranca, las instalaciones portuarias. El plano del '75 lo manda hacer el Concejo³³ y lo fundamental en ese momento era la delimitación de las calles para poder **seguir construyendo**, lo que se llama la cuadrícula, y prevenir el crecimiento de la ciudad **por rondas**.

Bragos es codirector del Centro Universitario Rosario de Investigaciones Urbanas y Regionales (CURDIUR) y docente de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura de la UNR. «En extramuros —agrega— se preveían una hilera de plazas que después no aparecieron y se planteaba la creación de tres aldeas periféricas, cuya ubicación ideal no coincide con lo que luego aparecería». En cuanto al ferrocarril, «por ese entonces no se lo reconoce como un obstáculo que fuera a determinar el crecimiento futuro: lo único que aparece es la traza del Central Argentino³⁴, pero no hay otras tierras destinadas a playas de maniobras, depósitos o instalaciones. Es como si hubieran **dibujado la ciudad en una página en blanco**, las manzanas pasan (las vías) como si el ferrocarril no existiera». En cualquier caso, ahí aparece por primera vez «una idea de **ocupar la costa con un bulvar** sobre la línea de la barranca, una avenida costanera que uniera Pellegrini con Oroño».

En plan de negocios

Los archivos registran un nuevo proyecto de urbanización hacia el fin del siglo pasado, en 1891, de poca trascendencia en la práctica pero ilustrativo de otras dos aficiones históricas en la ciudad: las diagonales

y la **especulación inmobiliaria**. «Es una reproducción casi exacta de un plano del '88 realizado por dos agrimensores para Juan Canals, un empresario que tenía la concesión del puerto en la zona sur —dice Bragos—. Ahí se ve claramente que el plan privilegia la extensión de la ciudad hacia el sur porque, en el marco de la concesión, Canals obtiene tierras cercanas al puerto, que piensa urbanizar. El plano oficial del '91 es prácticamente el mismo que aparece en los documentos de la concesión. Reitera la idea de seguir construyendo la ciudad sobre la cuadrícula y los bulevares de ronda, y además aparecen una serie de avenidas diagonales, desde 27 de Febrero hacia el sur, que no se construyeron».

El puerto de Canals tampoco, pero entre las plazas y las diagonales que nunca fueron **la ciudad real se había cuadruplicado**: de 23.000 habitantes en 1870 pasó a 51.000 en 1887 y 91.000 en 1895 (más del 40 por ciento inmigrantes extranjeros). Lo único que ordenaba su crecimiento eran las ordenanzas de apertura de calles, alineación y altura de la edificación. Cuando alguien volvió a pensar en la necesidad de hacer algo al respecto habían pasado otros 20 años.

Ya eran más del doble (198.000) las almas que acomodaban sus cuerpos donde podían y se había inaugurado el Parque de la Independencia cuando, eufórico, llegó el Centenario. «La Argentina quería mostrarse como un



1875. Centro, extramuros y suburbios

país moderno» y los franceses eran las estrellas del momento en la disciplina más moderna, el naciente urbanismo. Y como el poderío económico de Rosario parecía fuera de duda pero su aspecto seguía siendo más que provinciano, la nueva consigna fue embellecer la ciudad.

Un francés ahí

En 1910 un intendente contrató al arquitecto y urbanista francés André Bouvard⁽⁷⁾, que a la sazón estaba trabajando en un revolucionario plan para la ciudad de Buenos Aires, para que hiciera lo mismo en Rosario. «Bouvard proyecta el crecimiento de la ciudad a partir de una trama de diagonales y bulevares para orientar el crecimiento, con un sistema de parques en las intersecciones de las avenidas —resume Bragos—. A diferencia de Buenos Aires, donde el plan fue muy criticado porque el sistema vial avanzaba sobre zonas densamente construidas, las diagonales y bulevares propuestos aquí estaban en el campo. Fue un trabajo rápido. Bouvard dibuja su proyecto sobre un plano oficial del municipio y lo manda desde París». Antes de eso el francés dejó las huellas de sus diagonales en Brasil. «Se ve que en las escalas también se queda un tiempo y hace proyectos de urbanización para San Pablo».

Claro que la ligereza de su trabajo fue correspondida: cambio de intendente mediante, no se lo pagaron. Recién en 1917 un decreto autorizó al municipio a saldar la deuda a su hijo. Bouvard ya había muerto. De la aventura quedó, por un interés de los especialistas, lo que ya estaba: «El proyecto planteaba otra vez la idea de una avenida costanera y la extensión de la ciudad hacia el sur».

«Mientras tanto la ciudad se seguía construyendo de acuerdo a las ordenanzas, que ya van disponiendo cambios en la localización de distintas actividades. Por ejemplo, se erradican los establos de la zona comprendida por los bulevares y se llevan los mataderos al sur. Paralelamente se va



1910. Diagonales francesas al sur

reforzando la demanda de erradicar las instalaciones ferroviarias de la costa central, para dedicarla a actividades recreativas (...) como si no hubiera habido una clara identificación del vínculo entre la existencia de la ciudad con una actividad económica determinada. Esta orientación responde fundamentalmente a los intereses de la actividad inmobiliaria. En la década del veinte los terratenientes urbanos crean varias agrupaciones⁽⁸⁾ cuyos objetivos eran defenderse de lo que ellos llamaban abusos del poder público, llámese cobro de pavimento o servicios, aunque estos estaban en manos privadas, e impulsar la realización de un plan regulador. Una de las principales demandas era eliminar los conventillos, cuya existencia hacía bajar los precios de las propiedades vecinas».

El ascenso

En veinte años más volvió a duplicarse la población y, en plena crisis del treinta, «el Concejo decide hacer un nuevo plan para la ciudad. Hay toda una discusión previa acerca de un llamado a concurso y los costos que implicaría. Finalmente el arquitecto ingeniero rosarino Angel Guido se asocia con Carlos Della Paolera, de Buenos Aires —el primer argentino que tiene título de urbanista, obtenido en París—, y el ingeniero Alberto Farengo —que ya había hecho en 1927 el primer plan de reestructuración ferroviaria para Rosario— y ofrecen hacerlo por 200.000 pesos».

Cuestiones domésticas aparte, y lejos de las polémicas que desató desde que se dio a conocer en 1935, el llamado Plan Guido bien podría funcionar hoy como compendio de las realidades, urgencias y fantasías más fuertes del período fundacional de la ciudad actual. «Guido toma todos los proyectos anteriores y contemporáneos —sintetiza Bragos—, amalgama todas las propuestas aisladas en un gran plan e imagina una ciudad moderna para los próximos 30 años». Propone un «eje monumental» que uniría de este a oeste la zona ya destinada al Monumento a la Bandera⁽⁹⁾ con una terminal única de pasajeros, en cuyo trayecto se levantarían un centro cívico y un centro recreativo, y la apertura de una gran avenida nort-sur. Esa ciudad tendría además subterráneos, un aeropuerto local en la zona noroeste y un aeropuerto nacional en la isla del Espinillo, unida

(5) En 1872 se establecieron en Rosario un Concejo Deliberante de 12 miembros y un Consejo Ejecutivo de seis, con un presidente.

(6) El primer ramal ferroviario, entre Rosario y Córdoba, se había inaugurado en 1870.

(7) A partir de 1883 se estableció la figura de intendente. Hasta 1890 el cargo fue electivo.

Desde ese año hasta 1963, excepto un breve paréntesis entre 1934 y 1935, el intendente fue elegido por el Concejo Deliberante. El intendente que contrató a Bouvard fue Isidro Quiroga.

(8) Como la Comisión de Fomento Edificio Pro Plan Regulador, el Centro de la Propiedad o la

Asociación Patriótica Amigos del Rosario, que en algunos casos llegaron a presentar listas para las elecciones del Concejo.

(9) Un gran monumento que pusiera la ciudad a la vista del resto del país y a la vez la figura con su historia grande —a la que se había acomodo algo tardíamente— era, desde hacía tiempo, uno de los más caros anhelos de los rosarinos. El primer monumento se construyó en la isla del Espinillo en 1872. Fue destruido por un incendio en 1878. En 1909 se le encargó un proyecto a la escultora Lola Mora, que no se concretó. El propio Guido fue quien finalmente lo construyó entre 1947 y 1957.

Archivos, Espinillo de Rosarinos Argentinas | www.ar





1935. En el plano de las ideas

a la ciudad por un puente a la altura de Oroño. En la isla desde luego habría balnearios y también un parque para exposiciones universales al estilo de las grandes capitales europeas.

Pero además «es el primero en la Argentina que se piensa no sólo para la ciudad sino para su entorno inmediato en un radio de unos 25 kilómetros, en lo que sería una especie de esbozo de **área metropolitana**, con una propuesta de ordenamiento basada en los caminos, el ferrocarril y dos grandes **parques regionales**, en las márgenes de los arroyos Saladillo y Ludueña.

También aparece la primera idea de avenida de **circunvalación** e inaugura «lo que después se llamaría el expediente urbano: toda una serie de estudios previos para relevar no sólo la situación física sino también económica y social. Un esquema clásico positivista, que venía de la escuela francesa, donde se hacía un análisis, un diagnóstico y una propuesta, que sería el plan». Así «toma en cuenta por primera vez a la **vivienda como un tema de la ciudad**. El plan reconoce las malas condiciones de vida y de hacinamiento de los trabajadores», a la vez que «plantea que el lugar de los trabajadores es la periferia», y diseña «barrios satélite pensados para el borde o una faja de la ciudad. Para las nuevas urbanizaciones proyecta un dibujo

distinto; retoma la fobia a la cuadrícula de principios de siglo y diseña trazados irregulares, con mucho verde, lo que hoy llamaríamos **barrios jardín**».

Desde el punto de vista funcional, y «siempre con la idea de embellecer y ordenar el crecimiento de la ciudad, el plan demanda un control sobre la localización de actividades, fundamentalmente de la industria, que además aparece un poco sobredimensionada para lo que era la época: define una gran área industrial en la zona sur y proyecta una **ciudad industrial** al norte, pero no aparecen convenientemente vinculadas con el ferrocarril y el puerto».

«Lo que aparece en ese momento como problema fundamental es el **ferrocarril**, porque la ciudad estaba creciendo más allá de los trazados de las vías y el acceso entre los distintos sectores se hacía a través de muy pocas calles. Por ejemplo, la conexión entre el sur y el centro se hacía sólo por calle San Martín». Pero «la reorganización teórica propuesta por Farengo para el ferrocarril nunca se realizó, porque a las empresas privadas, que lo único que querían era llegar al puerto y que **no trataban con el municipio** sino directamente con el gobierno nacional, no les interesaba moverse de donde estaban. Algo similar ocurrió con la propuesta de trasladar el **puerto al sur** de 27 de Febrero; para destinar la zona central a la recreación⁽¹⁰⁾».

En contraste con el detallismo del trazado de su nuevo sistema de avenidas, nuevos barrios y hasta nuevas ciudades en el área metropolitana, en el proyecto no hay ninguna referencia a otro tipo de servicios de infraestructura. «Eran concesiones que otorgaba el municipio a las empresas privadas —explica Bragos—, pero no había un plan para extenderlos sino que a medida que avanzaba la urbanización avanzaban los servicios. El tema del agua potable o los desagües, por ejemplo, era como una cuestión más doméstica, que se suponía tenía que

resolver el municipio».

Si bien «del dibujo arquitectónico del plan no quedó nada», ningún rastro físico, «**quedaron ideas** que luego retoman otros planes y en algunos casos se materializan más adelante, en forma distinta y en lugares diferentes». Al fin y al cabo, «tener un plan en ese momento era demostrar que la ciudad era moderna; no se imaginaba una ciudad moderna que no tuviera un plan». Se hacían en cierto modo para mostrarlos y, sin ir más lejos, el expediente urbano, algunos planos y maquetas del Plan Guido se perdieron entre muestra y muestra.

Con o sin plan las cosas siguieron su camino implacable. En parte por «la inestabilidad política, que hacía que un plan pasara rápidamente al olvido con cada nueva administración —analiza Bragos—, en un período en que había un cambio casi anual de intendentes», y también porque «los planes eran muy ambiciosos en cuanto a la **capacidad de inversión** que podía tener el municipio o los promotores privados. El único proyecto importante entre Bouvard y Guido fue el de la construcción de una diagonal para unir lo que hoy es el Parque de la Bandera con el Parque Independencia», que «fracasa porque no había interés del capital privado en ese sentido. A la actividad inmobiliaria le interesaba tener un plan para poder



1935. Aeroisla del Espinillo

prever las futuras urbanizaciones, pero ningún otro tipo de transformación».

Otro país, otro plan

En veinte años más la ciudad había pasado el medio millón de habitantes, pero además habían pasado muchas otras cosas. En 1951 estaba listo el Plan Rosario del ingeniero Alberto Montes, que debía poner a la ciudad a tono con las transformaciones económicas, políticas y sociales en todo el país. El nuevo planificador era un reconocido técnico de la Municipalidad y enemigo declarado de Guido. A su plan lo descalifica como cosa «de estudiantes o de académicos que viven en otro lugar», pero tampoco ahorra críticas para la especulación inmobiliaria, *intimamente vinculada con los intereses de las nacientes empresas de transporte, que a su juicio hasta entonces había reemplazado a un verdadero plan de desarrollo urbano, legándonos estructuras deficientes que por años carecieron de servicios públicos sin ninguna posibilidad administrativo financiera de proveerlos⁽¹⁰⁾*.

Una primera diferencia conceptual entre Montes y sus antecesores es que «él dice que el plan es un instrumento para llevar adelante un **proyecto político** —apunta Bragos—. Hasta ese momento nadie lo había encarado desde esa perspectiva». Su programa «contempla la reestructuración ferroviaria y todo el sistema de accesos a la ciudad. Es una idea de pensar la ciudad a partir de las grandes **obras de infraestructura**, el ferrocarril, el sistema vial y los accesos. Ya para esa época las principales rutas están pavimentadas y el sistema vial juega un rol diferente al que había tenido hasta ese momento. Además el ferrocarril ya es del Estado, al igual que los servicios públicos, y los caminos también son de injerencia del Estado nacional o provincial».

El plan Montes está más asociado a las transformaciones económicas de ese momento; es un plan de obras, sin un plano de detalle como en el de



Extramuros. Al cabo de un siglo de proyectos de reestructuración, las vías resisten

Guido». Si «el plan de Guido respondía a las ideas urbanísticas del momento», este responde un poco más a las condiciones reales de transformación de la ciudad. Pensar una **reorganización ferroviaria** con empresas privadas y pensarla con injerencia directa del Estado son dos situaciones distintas. En ese sentido lo de Montes cabalga sobre las situaciones en las cuales hay más **posibilidades de operar**. Antes se dejaba todo al municipio, pero el municipio controlaba muy poco de lo que pasaba en la ciudad. Después, los ferrocarriles son del Estado nacional, entonces se puede pensar en otro tipo de **gestión**».

Así, por ejemplo, se expropiaron los terrenos para construir la actual Circunvalación y se gestiona la cesión de algunos terrenos al municipio, como los que actualmente ocupa el Centro Universitario Rosario (CUR). También prevé la necesidad de desafectar tierras ferroviarias para construir la avenida de la Travesía, que, además de su trazado actual, se extendería por las vías del Mitre, atravesando la ciudad». Ese recorrido pasaría por la estación de ómnibus, que también es de esa época. Parte de esas propuestas surgen de una comisión tripartita constituida por representantes del municipio, la provincia y la Nación, un ejemplo práctico de las nuevas ideas de gestión.

«Si el plan de Guido había dejado ideas, el plan de Montes deja huellas, marcas en la construcción de la ciudad».

La meseta

Hacia fines de los sesenta el ritmo de crecimiento de la población entra en lo que la estadística llama una meseta, en este caso por arriba de los 700.000 habitantes. Pero el explosivo crecimiento de la primera mitad del siglo había dejado una huella indeleble en el imaginario local. «Reparece la idea del plan como modelo de una ciudad futura», una ciudad que el arquitecto Oscar Mongsfeld calculó en dos millones de habitantes para principios del **siglo XXI**. Para prepararla elaboró el Plan Regulator Rosario, aprobado en 1969 y del que surgió el Código Urbano de 1970, todavía vigente, cuya aplicación sí dejó claras señales en la imagen de la ciudad actual.

Mongsfeld tenía larga experiencia como técnico de la Municipalidad, su «plan se basa fundamentalmente en las grandes obras de infraestructura que hay que realizar —dice Bragos— y toma las propuestas de la Comisión Ferrourbánica Portuaria, creada dos años antes para la reorganización del sistema ferroviario dentro de la ciudad, que un poco parte de las ideas de Montes».

Así reaparece la necesidad de reestructurar el sistema ferropuertoario y vial, junto a un **plan general de**

(10) Los 4.000 metros de nuevas vías construidas por el Estado nacional (presidencia de Julio Roca) a la empresa Herzent et Fils Scheinmoller et Cie, habían sido inauguradas oficialmente en 1905. (11) Montes en la presentación a su plan.



1935. En el plano de las ideas

a la ciudad por un puente a la altura de Oroño. En la isla desde luego habría balnearios y también un parque para exposiciones universales al estilo de las grandes capitales europeas.

Pero además «es el primero en la Argentina que se piensa no sólo para la ciudad sino para su entorno inmediato en un radio de unos 25 kilómetros, en lo que sería una especie de esbozo de **área metropolitana**, con una propuesta de ordenamiento basada en los caminos, el ferrocarril y dos grandes **parques regionales**, en las márgenes de los arroyos Saladillo y Luduña.

También aparece la primera idea de avenida de **circunvalación** e inaugura «lo que después se llamaría el expediente urbano: toda una serie de estudios previos para relevar no sólo la situación física sino también económica y social. Un esquema clásico positivista, que venía de la escuela francesa, donde se hacía un análisis, un diagnóstico y una propuesta, que sería el plan». Así «toma en cuenta por primera vez a la **vivienda como un tema de la ciudad**. El plan reconoce las malas condiciones de vida y de hacinamiento de los trabajadores», a la vez que «plantea que el lugar de los trabajadores es la periferia», y diseña «barrios satélite pensados para el borde o más allá de la ciudad. Para las nuevas urbanizaciones proyecta un dibujo

distinto; retoma la fobia a la cuadrícula de principios de siglo y diseña trazados irregulares, con mucho verde, lo que hoy llamaríamos **barrios jardín**».

Desde el punto de vista funcional, y «siempre con la idea de embellecer y ordenar el crecimiento de la ciudad, el plan demanda un control sobre la localización de actividades, fundamentalmente de la industria, que además aparece un poco sobredimensionada para lo que era la época: define una gran área industrial en la zona sur y proyecta una **ciudad industrial** al norte, pero no aparecen convenientemente vinculadas con el ferrocarril y el puerto».

«Lo que aparece en ese momento como problema fundamental es el **ferrocarril**, porque la ciudad estaba creciendo más allá de los trazados de las vías y el acceso entre los distintos sectores se hacía a través de muy pocas calles. Por ejemplo, la conexión entre el sur y el centro se hacía sólo por calle San Martín». Pero «la reorganización teórica propuesta por Fargento para el ferrocarril nunca se realizó, porque a las empresas privadas, que lo único que querían era llegar al puerto y que **no trataban con el municipio** sino directamente con el gobierno nacional, no les interesaba moverse de donde estaban. Algo similar ocurrió con la propuesta de trasladar el **puerto al sur** de 27 de Febrero; para destinar la zona central a la recreación⁽¹⁸⁾».

En contraste con el detallismo del trazado de su nuevo sistema de avenidas, nuevos barrios y hasta nuevas ciudades en el área metropolitana, en el proyecto no hay ninguna referencia a otro tipo de servicios de infraestructura. «Eran concesiones que otorgaba el municipio a las empresas privadas —explica Bragos—, pero no había un plan para extenderlos sino que a medida que avanzaba la urbanización avanzaban los servicios. El tema del agua potable o los desagües, por ejemplo, era como una cuestión más doméstica, que se suponía tenía que

resolver el municipio».

Si bien «del dibujo arquitectónico del plan no quedó nada», ningún rastro físico, «**quedaron ideas** que luego retomaron otros planes y en algunos casos se materializan más adelante, en forma distinta y en lugares diferentes». Al fin y al cabo, «tener un plan en ese momento era demostrar que la ciudad era moderna; no se imaginaba una ciudad moderna que no tuviera un plan». Se hacían en cierto modo para mostrarlos y, sin ir más lejos, el expediente urbano, algunos planos y maquetas del Plan Guido se perdieron entre muestra y muestra.

Con o sin plan las cosas siguieron su camino implacable. En parte por «la inestabilidad política, que hacía que un plan pasara rápidamente al olvido con cada nueva administración —analiza Bragos—, en un período en que había un cambio casi anual de intendentes», y también porque «los planes eran muy ambiciosos en cuanto a la **capacidad de inversión** que podía tener el municipio o los promotores privados. El único proyecto importante entre Bouvard y Guido fue el de la construcción de una diagonal para unir lo que hoy es el Parque de la Bandera con el Parque Independencia», que «fracasa porque no había interés del capital privado en ese sentido. A la actividad inmobiliaria le interesaba tener un plan para poder



1935. Aerolínea del Espinillo

prever las futuras urbanizaciones, pero ningún otro tipo de transformación».

Otro país, otro plan

En veinte años más la ciudad había pasado el medio millón de habitantes, pero además habían pasado muchas otras cosas. En 1951 estaba listo el Plan Rosario del ingeniero Alberto Montes, que debía poner a la ciudad a tono con las transformaciones económicas, políticas y sociales en todo el país. El nuevo planificador era un reconocido técnico de la Municipalidad y enemigo declarado de Guido. A su plan lo descalifica como cosa «de estudiantes o de académicos que viven en otro lugar», pero tampoco ahorra críticas para la especulación inmobiliaria, *intimamente vinculada con los intereses de las nacientes empresas de transporte, que a su juicio hasta entonces había reemplazado a un verdadero plan de desarrollo urbano, legándonos estructuras deficientes que por años carecieron de servicios públicos sin ninguna posibilidad administrativo financiera de proveerlos⁽¹⁰⁾*.

Una primera diferencia conceptual entre Montes y sus antecesores es que «él dice que el plan es un instrumento para llevar adelante un **proyecto político** —apunta Bragos—. Hasta ese momento nadie lo había encarado desde esa perspectiva». Su programa «contempla la reestructuración ferroviaria y todo el sistema de accesos a la ciudad. Es una idea de pensar la ciudad a partir de las grandes **obras de infraestructura**, el ferrocarril, el sistema vial y los accesos. Ya para esa época las principales rutas están pavimentadas y el sistema vial juega un rol diferente al que había tenido hasta ese momento. Además el ferrocarril ya es del Estado, al igual que los servicios públicos, y los caminos también son de injerencia del Estado nacional o provincial».

El plan Montes está más asociado a las transformaciones económicas de ese momento; es un plan de obras, sin un plano de detalle como en el de



Extramuros. Al cabo de un siglo de proyectos de reestructuración, las vías resisten

Guido». Si «el plan de Guido respondía a las ideas urbanísticas del momento», este responde un poco más a las condiciones reales de transformación de la ciudad. Pensar una **reorganización ferroviaria** con empresas privadas y pensarla con injerencia directa del Estado son dos situaciones distintas. En ese sentido lo de Montes cabalga sobre las situaciones en las cuales hay más **posibilidades de operar**. Antes se dejaba todo al municipio, pero el municipio controlaba muy poco de lo que pasaba en la ciudad. Después, los ferrocarriles son del Estado nacional, entonces se puede pensar en otro tipo de **gestión**».

Así, por ejemplo, se expropian los terrenos para construir la actual Circunvalación y se gestiona la cesión de algunos terrenos al municipio, como los que actualmente ocupa el Centro Universitario Rosario (CUR). También prevé la necesidad de desafectar tierras ferroviarias para construir la avenida de la Travesía, que, además de su trazado actual, se extendería por las vías del Mitre, atravesando la ciudad». Ese recorrido pasaría por la estación de ómnibus, que también es de esa época. Parte de esas propuestas surgen de una comisión tripartita constituida por representantes del municipio, la provincia y la Nación, un ejemplo práctico de las nuevas ideas de gestión.

«Si el plan de Guido había dejado ideas, el plan de Montes deja huellas, marcas en la construcción de la ciudad».

La meseta

Hacia fines de los sesenta el ritmo de crecimiento de la población entra en lo que la estadística llama una meseta, en este caso por arriba de los 700.000 habitantes. Pero el explosivo crecimiento de la primera mitad del siglo había dejado una huella indeleble en el imaginario local. «Reparece la idea del plan como modelo de una ciudad futura», una ciudad que el arquitecto Oscar Mongsfeld calculó en dos millones de habitantes para principios del **siglo XXI**. Para prepararla elaboró el Plan Regulator Rosario, aprobado en 1969 y del que surgió el Código Urbano de 1970, todavía vigente, cuya aplicación sí dejó claras señales en la imagen de la ciudad actual.

Mongsfeld tenía larga experiencia como técnico de la Municipalidad, su «plan se basa fundamentalmente en las grandes obras de infraestructura que hay que realizar —dice Bragos— y toma las propuestas de la Comisión Ferrourbánica Portuaria, creada dos años antes para la reorganización del sistema ferroviario dentro de la ciudad, que un poco parte de las ideas de Montes».

Así reaparece la necesidad de reestructurar el sistema ferropuertoario y vial, junto a un **plan general de**

(10) Los 4.000 metros de nuevas vías construidas por el gobierno nacional (presidencia de Julio Roca) a la empresa Hersent et Fils Scheinmoller et Cie, habían sido inauguradas oficialmente en 1905. (11) Montes en la presentación a su plan.

desagües pluvioocalesales y un proyecto de **nuevos centros urbanos**. «La localización de algunos de esos nuevos centros urbanos coincide con áreas que aún hoy ocupan las instalaciones ferroviarias. Por ejemplo en las que están entre avenida Alberdi y la costa, el sector de talleres y patios de maniobras, aparece definido un nuevo centro urbano. No hay un trazado de cómo iba a ser, pero sí indicaciones de que iba a tener carácter residencial de vivienda colectiva. Otro, que después empieza a concretarse, es lo que hoy se conoce como Area Grandoli en la zona sur».

Como un signo de sus tiempos, el plan del '69 dedica un breve párrafo a un problema que, si bien no era



Suburbios. La ciudad más allá del plan

nuevo, hizo eclosión en la década del sesenta. Entre los nuevos centros urbanos propuestos se menciona uno de **alojamiento para erradicados de villa de emergencia**¹²⁰ que se sugiere ubicar en la zona de la autopista a Buenos Aires y avenida de Circunvalación, donde más adelante se construyó el Barrio Las Flores. **Ante el problema de las villas de emergencia** el plan —agrega Bragos— es la construcción de la **estación única de**

pasajeros en la zona oeste, sobre las vías del Belgrano paralelas a la calle Paraná, que iban a ser la **troncal ferroviaria** que concentraría toda la circulación interior de trenes. La Municipalidad comienza a afectar terrenos y se realizan algunas expropiaciones de viviendas para permitir la construcción de esa troncal —porque iba a tener una superficie mayor a la que actualmente tiene— y para la central única de pasajeros, ferroviaria y automotor, que iba a estar sobre la troncal entre Pellegrini y 27 de Febrero. Esas obras nunca se hicieron y gran parte de los terrenos fueron ocupados por **asentamientos irregulares**. Respecto del sistema vial propone la reorganización de lo existente y continuar con lo que antes eran los bulevares de ronda, que estaban trazados pero nunca se habían ejecutado, como por ejemplo Seguí, que no llegaba hasta Avellaneda».

«En el plan de Mongsfeld el tema de la infraestructura aparece con toda claridad» porque estaba destinado a dar soporte al crecimiento previsto, y el instrumento de ese crecimiento sería el **Código Urbano** que divide a la ciudad en distritos. «Para cada uno se establecen los usos permitidos y densidades de ocupación del suelo», metros cuadrados que se pueden construir sobre cada terreno, de acuerdo «a los servicios infraestructurales que tiene cada sector y a la idea de seguir densificando el centro, donde el valor de la propiedad es más alto, e ir bajando las densidades hacia la periferia». De todos modos, «si toda el área central se hubiera construido de acuerdo a los elevados índices edilicios que permitía el Código, la infraestructura no hubiera dado abasto porque esos dos millones de habitantes podrían entrar entre Oroño y Pellegrini».

«Tenemos que tener en cuenta que este código aparece en el momento del **boom de la construcción en Rosario** cuando se transforma el centro a partir de la **renovación de edificios**.

No es que los índices hayan promovido la transformación del centro, sino que hay una confluencia de varios factores: en ese momento, con la finalidad de incentivar la economía aparece la ley de **desgravación impositiva** para la inversión en construcción de viviendas para la venta o alquiler; entonces hay una transferencia de capitales fundamentalmente de los sectores agrícola y comercial al mercado inmobiliario. Que se haya edificado todo en el centro obedece a que los índices daban para construir grandes superficies. Sí hay una transformación muy grande en barrio Martín, que en principio estaba pensado como una zona más residencial, de baja densidad, y se la eleva».

Otro claro signo de una época en que «la actividad industrial es fuerte en la ciudad, y hay expectativas de desarrollo», se lee en las grandes extensiones que el plan destina para ese uso. «Las **localizaciones industriales** de Ovidio Lagos al sur y Godoy al oeste vienen de Mongsfeld» y habían sido prefiguradas por Montes. Dos planes que por otra parte «se basan, en distinta medida, en el poder del Estado, en coordinar las acciones concretas para la ciudad con el Estado nacional, a partir de que es un Estado fuerte».

Otra vez otro país

Varias cosas cambiaron en la ciudad en los siguientes veinte años: la población no se duplicó (en el '91 llegó a 900.000 habitantes) y aparecieron **nuevas urbanizaciones**, densamente pobladas, pero casi ninguna donde las habían previsto los planificadores locales. En buena medida a partir de que «el FONAVI empieza a hacer licitaciones de precio, proyecto y terreno, entonces pasaron a ser las empresas las que proponían la localización». También **la ciudad informal creció**: en 1991 equivalía por lo menos a «según todas las estimaciones» a la población de toda la ciudad para la que se diseñó



Centro. La ciudad de los índices edilicios y los buenos negocios

el plano de 1891. Pero en esos cien años, además y no es poco, surgió y **desapareció el Estado fuerte** con el que habían llegado a contar los planificadores.

Y de 1991 data el último plan, que se empezó a delinear con la democracia. Fue elaborado por la Dirección del Plan Director de la Municipalidad, creada en 1985 a partir de una convocatoria a técnicos y urbanistas de distintas experiencias. Todavía está sujeto a su aprobación por el Concejo Municipal, por lo que no tiene el rango de plan oficial de la ciudad y, claro, «el '91 es muy reciente. La transformación del estado estaba en marcha, la **paralización de la economía** también, la desaparición de la pequeña industria y la aparición de nuevas actividades también...»

Para insistir en cómo se pensó la ciudad como se dijo es demasiado pronto, pero ¿cómo se la ve?

—Antes existía la idea de prefigurar

un modelo de ciudad de acá a 50 años; eso no existe más. Los cambios en la economía, en el Estado, hacen que el plan deba ser un instrumento mucho más flexible, que se vaya ajustando a las necesidades del momento y que preste más atención a los **mecanismos de gestión**. Ya no se piensa en un estado a partir del cual se van a resolver las cuestiones, si bien el hecho de que cambie el Estado también implica transformaciones en la ciudad. El tema ferroviario, por ejemplo, hoy está asociado a la transformación del Estado, porque definitivamente hay tierras que se liberan del uso ferroviario no porque el Estado haya decidido liberarlas sino porque decidió liberarse de los ferrocarriles.

—¿Y la ciudad hacia dónde se está moviendo?

—Hay áreas que aparentemente cada vez van a ser más marginales. Pero eso no tiene que ver con una cuestión del urbanismo sino con una cuestión social. De todos modos ahora

a la periferia se le presta más atención que en otros momentos, cambiaron las condiciones de algunos barrios y se hicieron algunas obras de equipamiento. Hay una voluntad de pensar más allá de los bulevares.

—¿Cuáles son hoy los problemas que preocupan a los planificadores?

—Los problemas existen en la medida en que se los reconoce como tales, y hay distintas visiones. Hoy la extensión de la ciudad digamos que no es un problema sino más que nada la transformación interior. Lo que sí aparece como un problema es tratar de **ordenar el borde** de la ciudad, que creció a partir de las libertades que disponían las ordenanzas de urbanización, sin infraestructura, y pensar en las transformaciones que se pueden producir a partir de la aparición de vacíos urbanos con la liberación de tierras ferroviarias. El tema de la **vivienda** es un problema y, en el futuro, la **circulación interior** puede ser un problema. Esas aparecen como las cuestiones más importantes, y la otra es la redistribución del equipamiento, el problema está en **requilibrar la ciudad** a partir de dotar de mejores condiciones de calidad de vida urbana a las zonas más periféricas.

Lo que sigue es lo que está pasando, ahora, alrededor. Ya nadie cree que dibujar una diagonal en un plano sea una diagonal y a pasear al centro. Tampoco que escribir en un expediente **núcleo de uso residencial** sea resolver la situación habitacional de nadie. Ni lo contrario. La imagen de la ciudad sólo es fiel a sí misma; reconstruirla es construirla, pero no alcanzan una mirada ni un intento. Tal vez al final siempre espere el comienzo.

La invención permanente.

(12) *Mommsfeld en el Plan Regulador*
 Ilustraciones: *Miguel de Siquiera*. *El primer plan del padre jesuita José Castelli (1760). Planos (originales y reconstruidos) cedidos por CURDIUR. Fotos aéreas cedidas por la Dirección del Plan Director.*

Los números 1 al 4 de la revista se editaron mientras Rafael Ielpi era subsecretario de Cultura de la ciudad. El jefe de Redacción de la revista en ese lapso fue Marcelo Menichetti. El diseño gráfico estuvo a cargo de Omar Núñez. Todas las fotos de los números 1, 2, 3 y 4 fueron realizadas por Carlos Carrion, excepto aquellas en las que se aclara sobre la autoría. Los dibujos incluidos en el número 2 son de Gregorio Zeballos.

1a. Época

Septiembre 1987

Cultura para la identidad. Editorial.
Héctor De Benedictis. Reportaje a un cantautor inquieto. ▶ Marcelo Menichetti.
Oscar Moreno Palacios. Cantar en la Isla El Espinillo. ▶ Marcelo Menichetti.
Quintetos Municipales. Música de cámara con cuerdas y vientos. ▶ José Luis Cavazza.



Trabajadores forestales. Crónica del olvido. ▶ Textos y fotos: Guillermo Loikcono.
Victor Anchával. Música de los obreros. ▶ Osvaldo U. Bosio. ▶ Fotos: Hugo Raina.
Artisanos nortehños. Exposición en Rosario. ▶ M.H.
Hermanos de tinta. Sobre Fontanarrosa. ▶ Juan Santraín.
Historia de tango. Historieta. ▶ Fontanarrosa.
El teatro en la calle. Sacudirse el miedo. ▶ José Moset.
Roberto Vega. Verdades teatrales. ▶ José Moset.
Manuel Aranda. Humor sin naufragios.
Robinson Sosa. La vuelta. Historieta. ▶ Manuel y El Tomi.
Crónica de un centro cultural. «Federalismo, sí; centralización, no». Habla Jorge Riestra. ▶ Ricardo Petuchli.
Escuela Musto. Artes plásticas todos los días. ▶ M.M.
No tirar el pasado. Museo de la Ciudad.
Juan Carlos Martini. El escritor y sus fantasmas. ▶ Miguel Ángel Roig. ▶ Fotos: Ricardo Ballesté.
Carlos Gorostiza. Dramaturgo y referente. ▶ José Moset.
Cuando las provincias cantan. Ciclo musical.
Rectura del maestro. Sobre Mario Soffici. ▶ Emilio Bellón.
En busca de un color local. Ensayo. ▶ José Luis Cavazza.
Promover lo nuestro es defendarlo. Balance.

Noviembre 1987

La respuesta es siempre positiva. Editorial.
Del autor al lector. Qué se compra, qué se lee.
Tres maestros de la historieta. Salinas, Breccia, Pratt. ▶ Juan Santraín.
Discépolo y Art. Dos aniversarios. ▶ José Moset.
Sobre José Pedroni. El canto de lo cotidiano.



Una cámara en la mano y un sueño en la cabeza. Concurso municipal de cine. ▶ Daniel Briquet.
Cine rosarino. De pioneros y discipulos. ▶ Mario Piazza.
El último centauro. Cómo se hizo el filme de Esteban Peyerano.
El mundo del nuevo. Reportaje a María Florentino. ▶ José Moset.
Pioneros del teatro. Reinoso, Edey y Postiglione. ▶ Julio Cejas.
Ese domingo descubrió... Relato. ▶ Daniel Salzano.
Augurios de Tepe. Relato. ▶ Adrián Abonizio.
Horacio Quiroga viaja en motocicleta al suero. Relato. ▶ Miguel Ángel Roig.
Adiós, hasta siempre, preciesidad. Relato. ▶ Rafael Ielpi.
Premio Musto 1987. Tres poetas. ▶ Aldo Oliva, Raúl García Brard y Celia Fontán.
El faro. Historieta. ▶ Fontanarrosa.
Joaquín Salvador Lavado, es decir, Quino. Reportaje. ▶ Rodolfo Braceli.
Enrique Llopis. Reportaje.
Sabino, Fortunato y Esteban Juárez. El canto santiagueño.
Guerra de las galaxias y decada externa. Análisis. ▶ José Pablo Feinmann.
Memorias de Rosario. Fragmentos. ▶ Wladimir Mikielevich.

Abril 1988

Cultura, esa mala palabra. Editorial.
Ellas no hicieron la América. Historia de inmigrantes. ▶ Gastón D. Bozzano.
Trabajar para la pantalla es un servicio público. Análisis.
Con la música a otra parte... Análisis. ▶ Sibila Camps.
Historias increíbles, amores



fatalis. Teletatros en Argentina. ▶ Daniel Briquet.
La saga de los hermanos Vázquez. Crónica de bandoleros sociales. ▶ Jorge Salum. ▶ Dibujos: Peiri.
Sur. Historieta. ▶ Crist.
Niño viejo. Relato. ▶ Juan Carlos Martini. ▶ Dibujo: Gregorio Zeballos.
Volviendo a Carolina. Relato. ▶ Sonia Catela. ▶ Dibujo: O'Kif.
Sopa de Letras. Relato. ▶ Manuel López de Tejada. ▶ Dibujo: O'Kif.
Soldadito. Relato. ▶ Adrián Abonizio. ▶ Dibujos: O'Kif.
Olmedo se rie de todo. A propósito de la muerte reciente del Negro. ▶ Miguel Roig. ▶ Dibujos: Omar Núñez.
Semblanzas deportivas. Historieta. ▶ Fontanarrosa.
Trota-tablas. Adelanto del libro sobre Eugenio Filippelli. ▶ José Moset.
Buenos Aires-Rosario. Sobre Roberto Cosca. ▶ José Moset.
Cine italiano: los años del fascismo. ▶ Emilio Bellón. ▶ Dibujo: Gregorio Zeballos.
Aquel viejo sentimiento. Relato. ▶ Alfredo Arias. ▶ Dibujo: Omar Núñez.
Sida y terrorismo moral. Análisis. ▶ Rodolfo Braceli. ▶ Dibujos: Omar Núñez.
¡Aquella cancha de Talleres! Historia de Rosario. ▶ Wladimir Mikielevich.

Agosto 1988

También nos creamos neceserios. Editorial.
Un largo camino a casa. Historias de mocavies. ▶ Gastón D. Bozzano.
La ofrenda. Relato. ▶ Alfredo Arias.
Paraguay, los umbrales de la noche. Exiliados que viven en Rosario. ▶ Claudio Spiza.
Hermanos Núñez. Reportaje.



▶ Sibila Camps.
Elpidio Herrera. Habla el padre de la sacha guitarra. ▶ Marcelo Menichetti.
Un archivo de sueños. Reportaje a Adrián Abonizio. ▶ Juan Aguzzi.
De gallinas y monas. La música de los cuartetos. ▶ Marcelo Menichetti.
Juguemos en el bosque... La música de los cuartetos. ▶ Alfredo Leuco.
Semblanzas deportivas. Historia. ▶ Fontanarrosa.
La jungla del asfalto. Análisis. ▶ José Pablo Fennmann.
Rede Carotíde. Relato. ▶ Elvio Gandolfo. ★ Dibujo: Sergio Kern.
Violencia en el fútbol. Análisis. ▶ Carlos A. Juvenal.

Los poetas te cantan la preciosa. Ensayo. ▶ Jorge Marzulli.
Sobras del arte. Ensayo. ▶ Rodolfo Braceli. ★ Dibujos: Martin Kovensky.
Juan José Saer, el escritor real. Reportaje. ▶ Miguel Angel Roig. ★ Dibujo: O'Xil.
¿Qué pasión...? Asuntos de títeres rosarinos. ▶ José Moset.
Las seis marías. Historieta. ▶ Cist.
Casi un largo adiós. Sobre Laurel y Hardy. ▶ Emilio Bellón.
Luis Bras, artesano de la imaginación. Entrevista. ▶ J.M.
Esa magia del cine animación. Secretos de un arte. ▶ Luis Bras.
Del boulevard argentino a la avenida Pellegrini. Historia de Rosario. ▶ Wladimir Mikielievich.

Agosto 1994

Rosario sueña con su cultura. Editorial.
Sen de aquí y de allá. El reconocimiento, un bien infrecuente en la ciudad. ▶ Daniel Briquet.
El pan nuestro de cada día. Sobre el cuidado de los alimentos que consumen los rosarinos.
Los murgueros desnutridos del 2000. Jungo y taller en el noroeste rosarino. ▶ Marcelo Castillos.
El potrero alfombrado. Fútbol Cinco y escuelas. ▶ Jorge Salum y Gustavo Conti.
«La ciudad no dio novelistas». Jorge Riestra, entrevistado. ▶ Daniel Briquet y Gastón Bozzano.
En busca del final feliz. El cine rosarino al margen de la gran industria. ▶ Daniel Bertone.
Imosco y el TIM, el absurdo en la aldea. La irrupción de una nueva tendencia teatral. ▶ José Moset.
El rock y el pop rosarinos des-



pués de la trova. Dossier. ▶ Osvaldo Bazán.
La casa de los espíritus. Las cosas del Museo de la Ciudad. ▶ Ricardo Luque.
El sabor de la solidaridad. Acción de los cooperadores escolares. ▶ Viviana Nardone.
Un puente sobre el río marón. El complejo vial Rosario-Victoria. ▶ Jorge Nardone.
Los alquimistas del verso popular. Canciones. «El témpano». ▶ Adrián Abonizio.
Los juegos. Relato. ▶ Hernán Basocchi.
El soldado muerto. Relato. ▶ Hernán Tolosa.
Fragmentos. Relato. ▶ Eusebio Maidagan.
Los libros de la buena memoria. Las ediciones rosarinas. ▶ Luján Smiles y Jorge Ligorace.
Daremos testimonio. La función de la Editorial Municipal. ▶ Gary Vila Ortiz.
La manía de arreglar el rancho. Preservación del patrimonio cultural.
Legendas bajo el asfalto. Historia de los túneles. ▶ Silvana De Nicola.
Rescaping. Historieta. ▶ Manuel Aranda.
Un oficio como pocos. Retrato del lathier Jorge Rijs.

Octubre 1994

Partir de los hechos. Editorial.
Ciudad de poetas. La práctica poética bajo la lupa. ▶ Roberto Petromasso.
Casas que aculcan el sueño barrial. Cultura en red. ▶ Alicia Simeoni.
La hermandad de la tinta china. Encuentro entre Mordillo, Napo y Fontanarrosa. ▶ Fernando Farina.
Gordas en el aire. El proyecto de las FM en crisis. ▶ Elbio Córdoba.
Celebración de la imagen. El Festival Latinoamericano de Video. ▶ Juan Aguzzi (informe: Mariana Piola).
Tránsito hacia otro palacio. La ciudad turística, ríe de un debate. ▶ Jorge Brisaboa.
Un archipiélago con muchos faros. Identidades del teatro local. ▶ José Moset.
Señales de otros mundos. Dossier: historia de la tele rosarina. ▶ Daniel Briquet (informe: Robert



to Cafarella).
«Si tenés público, podés mandar un mensaje». Raúl Granados, entrevistado. ▶ D.B.
El regreso del último mohicano. Renacimiento del Lumiere. ▶ U.C. Mauro.
La feria del libro abierta. Quinto encuentro en el Patio de la Madra.
Trabajo de cantor. Canciones. «Corazón de barto». ▶ Juan Carlos Baglietto.
Dos extraños. Relato. ▶ Beatriz Vignoli.
Reafirmación de mi nombre. Relato. ▶ Fernando Beltratti.
Los ruidos de la calle. Relato. ▶ Virginia Duder.
Modesto Argentino Medio. La neocológica, género y oficio. ▶ Jorge Nardone.
Murmullo de acordes en el bajo Saladillo. Música del Litoral en plaza Las Heras. ▶ Gastón D. Bozzano.
La dialéctica de la diversidad. Arquitectura. ▶ Gustavo Paretts.
Supermercados Tigre. Historieta. ▶ El Niño Rodríguez.
Un lustre en el Monumento. Entrevista con Alejandro de la Cruz. ▶ Daniel Guily y Marcelo de Moya.

Los números 5 al 10 de Vasto Mundo fueron realizados durante la gestión de Héctor De Benedicis al frente de la Secretaría de Cultura, Educación y Turismo de Rosario. Los editores periodísticos de esa época fueron Daniel Briquet y Gastón Bozzano. El diseño gráfico estuvo a cargo de Edgardo Martignoni y Mauricio Chiaraviglio. Gerardo Borghi realizó todas las fotos del número 5 y también las de interiores del número 6. La de tapa de este último fue tomada por Daniel Dapari. Las ilustraciones del número 5 son de Gabriel Ippoliti y las del 6 de Chachi Veróna.

Diciembre 1994

El balance de la gente. Editorial.
Un status etéreo. Los temas que nos preocupan a los rosarinos, metaforas de cultura. ► Fernando Toloza.
Los oficios de la noche. Producción en la madrugada. ► Carlos del Frade.
Viaje a las estrellas. El cielo desde el Planetario. ► Susana Rosendo.
«La poesía es también una apetición». Aldo Oliva, entrevistado. ► Osvaldo Aguirre.
El hombre en extinción. Artes plásticas de mujeres. ► Fernando Larina.
Lo que manda el corazón. Las letras de los nuevos grupos de rock. ► Pedro Squillacini.
La resurrección del Paraná. Dossier. ► Reynaldo Sietecase (informe: Cecilia Vallina). Letras, músicas. ► Chacho Muller. La Muñita. ► Raúl Gardelli.



Rosario, ciudad abierta. El turismo sobre el tapete. ► Daniel Briget.
La marca del deseo. El negocio de la indumentaria informal en Rosario. ► Ricardo Luque.
Algo más que una nueva fachada. Arquitectura. ► Rubén Fernández.
Toon's Memory. Relato. ► D. R. Homs.
He destilado esas cartas. Relato. ► Darío Barrera.
La Gota. Relato. ► Ana Lía Gabrilini.
Solos en la madrugada. La historia de la toma del Regimiento 11 en 1960. ► Viviana Nardoni.
★ Dibujos: Javier Armentano.
La plaza de la resurrección. Canciones. «Otro ángel». ► Rubén Goldin.
Un plato y un viejo sueño. Sabores rosarinos: el apollo a la perchata. ► Damián Schwarzein y Arturo Arfin.
Almanaque de Rosario. Historieta. ► El Tomi.
Tan alegres y orensanos. Gaitas y tambores en la peatonal. ► Andrés Magaña.

Abril 1995

Historia y memoria. Editorial. Out Rosario. Según las épocas, la ciudad nos considera hijos pródigos o mal necesario. ► Adrián Abonizio.
Ese vasto universo, nuestra biblioteca Argentina. ► Humberto Lubbock.
Historias de mala vida. Héctor Zini, entrevistado. ► Daniel Briquet.
Tras los pasos de la música «maldita». Apuntes sobre la cumbia santafesina. ► José Luis Cavazza.
La burla reclama su posibilidad. Los coros de antaño en avenida Pellegrini. ► Elena Tardonato Falierre.
Angeles negro. Evocación de Olmedo. ► Manuel Aranda.
La aldea en cuadrillos. Dossier, la historieta en Rosario. ► David Leiva. La compañía de los dibujantes solitarios. ► Osvaldo Aguirre.



Causas olvidadas. Los hechos que piden justicia. ► Carlos Del Frade.
Una turca que llegó para quedarse. Sabores rosarinos, la empanada turca. ► Liliana Quillay.
Las cosas por hacer. Opiniones sobre una Rosario turística. ► Mariela Mulhal.
Soñar la ciudad. Arquitectura. ► Manuel Fernández de Luco.
Reflexiones entre las olas. Sensaciones de Claudio Pitt. ► Jorge Brisaboa.
Los caballos. Relato. ► Patricio Pron.
Tiempo de descuento. ► Carolina Feliciani.
El zorro. Relato. ► Patricia Suárez. Agenda.
El Rosagasinio Ilustrado. Historieta. ► Raúl Gómez.
Un buen oficio bajo el sol. Retrato de Carlos Van Der Meulen. ► Marcelo de Moya.

Julio 1995

Señales en el aire. Editorial.
La ciudad: los espacios del alma. Rosarinos, urbanos sin remedio. ► Chiqui González. ★ Foto: Claudio Spiga.
El Castagnino, un museo con vida propia. ► Nielo Leopoldo Ruschli.
«Hemos creído con la vergüenza de nuestras propias cosas». León Gioco, entrevistado. ► Jorge Liporace.
Beppo Levi o la humildad construcción de un mundo. Los días de un matemático sobresaliente. ► Rubén Alberto Chababo.
Una afección por el melodrama. Tradición de la ópera en Rosario. ► Orfeo Pecci (b).
La fiesta gringa viene alumbando. 11º Encuentro de Colectividades. ► Alicia Simeoni, Crisol Rosarino. ► Héctor Bonaparte.
Estudiando para comunicar. Dossier. ► Cecilia Vallina y Hernán Lascano.



La escuela invisible. Los talleres, una educación asistémica. ► Marcelo de Moya y Liliana Quillay.
El blues de los chicos malos. Los Vándalos y La Rocabólus. ► Osvaldo Bazán.
Pasión futbolera, una emoción del alma. Ensayo. ► Mario Marasco.
El oficio de la memoria. Actualidad del Centro de Conservación del Libro. ► Juan Aguzzi.
El gordo Mulligan piensa boledos. Relato. ► Martín Prieto.
Sábado. Relato. ► Oscar Taboada.
Una luz oscura. Relato. ► D. G. Helder.
Un Rosario con típico gusto francés. Sabores, la fondue. ► Marcela Ferreras.
Agenda.
Yo fui un «Cabecita Quemada». Historieta. ► Javier Armentano.
Las vueltas de la vida. Retrato de los calesteros de plaza López. ► Claudio Spiga.

Noviembre 1995

Senderos que se bifurcan. Editorial.
Boom, un cuarto de siglo después. Páginas de una revista que hizo historia. ► Rafael Ielpi.
Así es la Musta. Un centro de motivación artística. ► Marcelo Cantalero.
«Quisiera poner nerviosa a la gente». Angélica Gondscher, entrevistada. ► Osvaldo Aguirre.
Una buena cuna... El Cine Club Rosario, el más antiguo del país. ► Andrés Magaña.
Nostalgias frente al Remano Valerio. Pescadores repasan un oficio jaqueado. ► Patricio Pron.
Cultura, espacio abierto. Dossier.
Tres generaciones de plásticos rosarinos. Ouyard, Elkalze y Villegas. ► Rubén Echague.
Estampas sobre los pájaros de fuego. Festivales de danza en la ciudad. ► Susana Rosendo.
Los dorados. Relato. ► Aldo Ma-



riozzi.
El impulso. Relato. ► Juan Aguzzi.
Devoted radio amateur. ► César Cabello.
Apuntes sobre el 2x4. El tango que suena. ► Gachi Santone (informe: Sergio Contenerri).
Las 11 caras de Rosario. Historieta. ► Maus.
Babel en Echesortu. Retrato de Salvador Costa Parga. ► Raúl Gardelli.

Todas las fotografías de interiores de los números 7, 8, 9 y 10 fueron realizadas por Gerardo Borghi. Las de tapa fueron sacadas por Mario Tato García (número 7), Carlos Castrón (número 8), Alfredo Celería (número 9) y José Saldí (número 10). Dibujantes: Alberto Machiavelli (7), Héctor Beas (8) y Juan Ayala (9).



Enero 1996

Editorial.
Señales en el aire. Miles de gondolinas copan por varios días una esquina en el sur de la ciudad. ► Texto y fotos: Jorge Liporace.
El espesor del tiempo. La lenta disolución de la ciudad moderna. ► Luis Raggiolini.
Una escuela en movimiento. 70 años de la municipal «de La-



mecha». ► Marcelo de Moya y Sonia Esturel. ► Fotos: Néstor Juncos.
Cuatro autores en busca de una obra. La dramaturgia rosarina durante el 95. ► Gastón D. Bozanno.
Otro río, el mismo río. Tradición e innovación en la navegación del Paraná. ► Aldo Marinazzi. ► Fotos: Enrique Rodríguez.
La fundación por el poema. Identidad de la poesía rosarina. ► Alberto Carlos Vila Ortiz.
Naturaleza muerta. Obra plástica, reproducción. ► Rubén Porta.
Sin título. Obra plástica, reproducción. ► Claudia del Río.
La ciudad imposible. Rosario creció olvidando los planos que la soñaron. ► Pedro Cantini y Claudio De Marchi.
«Nuestra historia no está reflejada en ningún libro». Mónica Mantegnaga, del Centro Cultural La Rigobera, entrevistada.
Sonia Tessa. ► Fotos: César Aréiz.
Los obreros van a la plaza. Los primeros de mayo de antaño. ► Ricardo Falson.
El último disco está por salir. La autoproducción entre los músicos locales. ► Patricia Dibert. ► Fotos: Alejandro Guerrero.
El duro camino hacia la ingra-vedad. Relato. ► Carlos Coca.
El arco del triunfo. Newell's y Central a la caza de los futuros cracks. ► Gabriel Penrose. ► Fotos: Alberto Gentilecchio.
La montaña más alta. Rosarinos apasionados por escalar. ► Alberto Tomiglia. ► Fotos: Andrea Os-tera.
Agenda.

Diciembre 1996

Editorial.
Artistas en la vía. La calle como escenario. ► Patricia Phoa. ► Fotos: Sebastián Suárez Meccia.
Fronteras virtuales. Espacio y tiempo de los jóvenes. ► Hernán Lascano.
Tras los rastros del dinero. Sobre la economía regional. ► Gabriel González. ► Fotos: Jorge Liporace.



La Carpa de acortar distancias. Un espacio ambulante de participación. ► Susana Rosano. ► Fotos: Leo Abecasis.
Perdidos en la red. Internautas en Rosario. ► Ricardo Luque.
El incendio y las vísperas. Helegrafías sobre papel y maderas, reproducciones. ► Graciela Sacco.
Sobre el porvenir de nuestros deseos. Acrílico sobre lienzo, reproducción. ► Daniel García.
La ciudad imposible (II). Proyectos y estrategias para seguir construyéndola. ► Luj Smiles y Claudio Demarchi. ► Fotos: Alfredo Crolia.
«Somos más viejos que el Swift». Hermanos Abelardo, constructores de canoas del Saladillo, entrevistados. ► Damián Schwarzstein y Austano Arfni.
«Fotos: Gerardo Borghi».
Camino a la Casa de la Memoria. Santiago 2815, símbolo del terrorismo de Estado. ► Carlos Del Frade. ► Fotos: Alberto Gentilecchio.
Oficio y ética de la música. Perfil de Cristian Hernández Larque. ► Alberto Carlos Vila Ortiz. ► Fotos: Angel Araya.
Guitarras de mano en mano. Las peñas que hicieron historia. ► Luis Cingolani. ► Fotos: Fernando Méndez.
Voces de la madera. Encuentro de escultores. ► Verónica Solina y Paula Favareto. ► Fotos: Alejandro Guerrero.
Agenda.

Abril 1997

Editorial.
Locos por el río. Edición número once del río Rosario-Victoria. ► Patricia Suárez. ► Fotos: Fernando Méndez.
Fantasmás de lo nuevo. El registro urbano como meta imprescindible. ► Daniel Bríguet.
Estados civiles. Los nuevos procesos de construcción familiar. ► Roderick Mac Lean. ► Fotos: Al-



fredo Crolia.
La invención del vacío. Sobre el Centro de Expresiones Contemporáneas. ► Cecilia Vallina. ► Fotos: Leandro Tabares.
Científicos pero aplicados. Investigadores que piensan en la producción. ► Gabriela Zinna. ► Fotos: Néstor Juncos.
Paralelos pesadumbres. Óleo sobre tela, reproducción. ► José Omar Henry.
El personaje latinoamericano de fines del siglo XX. Escultura, reproducción. ► Estalía Gentile Munch.
El revés de la trama (La ciudad III). La vivienda, el tema de fondo. ► Guillermo Lanfranco. ► Fotos: Sebastián Suárez Meccia.
«De allá, de Rosario». Quintero Julio Carrizo, entrevistado. ► José Luis Cavazza. ► Fotos: Alejandro Guerrero.
Gente honesta y prohibición. Florencia Sáenz en Rosario. ► Agustina Prieto.
La otra canción. Perfil de Chacho Müller. ► Rafael Ielpi. ► Fotos: Marcelo Boetti.
Perfume de milonga. El tiempo danza quiere volver. ► Silvana Tamous. ► Fotos: Enrique Rodríguez.
Nadar y el chiste sangriento. Relatos. ► Gloria Lenardon.
Seres rollers. Una nueva pasión rueda en la ciudad. ► Andrés Maguina. ► Fotos: Carlos Carrón.
Agenda.

Los números 11 al 15 de Vasto Mundo se realizaron mientras Héctor Tealdi estuvo a cargo de la Secretaría de Cultura y Educación. En los números 16 y 17 el titular del área fue Marcelo Romeu. Entre los números 11 y 14 los editores de la revista fueron Pedro Cantini y Claudio Demarchi. Se sumó a ellos para el número 15 Gastón Bozanno, quien continuó en esa tarea en el número 16 junto a Claudia Demarchi. Los editores del número 17 fueron Fernando Tello y Gastón Bozanno. El diseño gráfico entre los números 11 y 17 estuvo a cargo de Cogyria Diseño.
 Las ilustraciones del número 11 fueron realizadas por Max Ca-chimba, las del 12 por El Marimero Turco y las del 13 por Gabriel Liporace.

3a. Época

Diciembre 1997

Editorial.

Los auténticos volados. Paracaidistas, volvevistas y parapentes. ► Texto y fotos: Jorge Liporace.

Producir literatura en Rosario. Ensayo. ► Eduardo D'Arca.

Con otros ojos. La producción de cine y video 96/97. ► Patricio Pron.

Lejos de las convenciones.



Centro Cultural Parque Alem. ► Liliana Quilley y Sonia Estrel.

► Fotos: Alejandro Guerrero.

Los espacios del consumo. Gestos cambiantes y nuevas estrategias. ► Mauricio Manina.

Cuatro poemas. ► Marcelo Cutrón.

Bodegón con vaso verde. Óleo, reproducción. ► Hugo Ottman.

Regulación alométrica. Técnica mixta, reproducción. ► Mauro Machado.

Planos dentro del plano (La ciudad IV). El diseño de los servicios básicos. ► Marcelo Castallos y Andrés Conti. ► Fotos: Daniel Dapari.

El año del Che. A treinta años de su muerte. Dossier.

Un día como tantos en un lugar cualquiera. ► Cecilia Vallina y Carolina Monje.

Los viajes secretos. ► C.V. y C.M.

Un modelo para armar. ► Carlos Del Frade.

El camino. ► Coco López.

El discurso. ► Martín Prieto.

La leyenda. ► Horacio González.

Sentimental graffiti. Paredes con sentimiento escrito. ► Osvaldo Aguirre. ► Fotos: Gabriela Muzzio y Gustavo Frittegotto.

Reseña.

Junio 1998

Editorial.

Caballitos de ciudad. Ensayo fotográfico. ► Mario «Tata» García.

► Textos: Hugo Diz.

Imágenes de la Avenida. Ensayo. ► Luis Applami.

Trabajos, cuánto y de qué. Modificaciones en el mercado laboral. ► Alvaro Torriglia.

Sueño de barrio. Biblioteca. ► José Manuel Estrada. ► Miguel An-



gel De Marco (h). ► Fotos: Claudio Attardo.

La buena memoria. Perfil de Vladimir Carlos Mikulievich.

► Horacio Vargas. ► Fotos: Alberto Gentileone.

«¿Tenéis un río?». Federico García Lorca en Rosario. ► Raúl Gardelli. ► Fotos: Jorge Liporace.

El todo y las partes (La ciudad VI). El programa de descentralización. ► Marcelo De Moya.

Dos patrilasas del tablero. El Tanco y Pilita, de Central y de Newell's. ► David Nairicio. ► Fotos: Sebastián Suárez Meccia.

En nombre del jazz. Swing en la historia rosarina. ► Rubén «Chivo» González.

Pequeña historia ajena. Relato. ► Diana Pecos.

Cuando Lidia vivía se quería morir (Elvio Gandolfo) y Yo vi llorar a Dios (Dario Hom.S). Crítica, libros. ► Martín Prieto.

Eppur si Muove, Mundo Bizarro y Sumergido. Crítica, discos. ► «Puchi» Arce.

Noemi Escandell y Carlos Andreazzi. Crítica, plástica. ► Beatriz Vignoli.

Pasaje Juramento. Sitios. ► Fotos: Juan López.

Agenda.

Diciembre 1998

Editorial.

Desde el bondi, paseo en la pecera. Ensayo fotográfico.

► Mario Laus. ► Textos: Reynaldo Sieretase.

Rosarinitos. Ensayo. ► Elvívio Gandolfo.

Medios de aquí y de allá. Los grandes grupos de las comunicaciones hacen pie en Rosario. ► Luis Baggiolini. ► Fotos: Jorge



Liporace.

Lo que los abuelos no nos contaron. Escuela de Museología. ► Cecilia Vallina.

Un mundo de cartapesta. Tintineros rosarinos. ► Alfredo Chies.

Renacer desde el olvido (La ciudad VII). Los factores del cambio. ► Fernando Farina. ► Fotos: Sebastián Suárez Meccia.

Vivir a bordo. Los hogares sobre los arroyos rosarinos. ► Pablo Rohlstedt. ► Fotos: Pietro Bologna.

Buenas compañías. Tires decadas de tramos de radio. ► Esvelén Segovia.

Francisco Urondo, el hombre que quería demasiado. Semblanza. ► Mario Trejo.

Un relato. ► Graciela Aletta de Sylvas.

Dos poemas. ► Felipe Demarun.

20 años con Inodoro Pereyra (Roberto Fontanarrosa) y Aparte del principio de realidad (Patricia Suárez). Crítica, libros. ► Martín Prieto.

El Umbral y Vandera. Crítica, discos. ► «Puchi» Arce.

Maria Suardi y August Schiavoni. Crítica, plástica. ► Beatriz Vignoli.

Pasaje Pam. Sitios. ► Fotos: Gustavo Frittegotto y Gabriela Muzzio.

Agenda y reseña.

Junio 1999

Editorial.

Galerías, el otro cielo. Ensayo fotográfico. ► Graciela Sacco.

► Textos: Rubén Chababo.

La comunidad inconfesable. Poesía y política; tres décadas. ► Graciela Cernigoi.

Los dominios de Freud. Psicoanálisis en Rosario. ► Claudio Serbali y Rosángela Rodrigues de Andrade.



Psicoanálisis y televisión. ► Horacio González.

Amor y mecenazgo. La casa de los Estévez, destino de museos. ► Fernando González Cortizas.

► Fotos: Andrea Ostera.

Huéspedes de un día. Escritores viajando por Rosario. ► Selección: Fernando Tolosa.

Transporte: repensar la ciudad. ► Marcelo Castallos. ► Fotos: Daniel Dapari. ► Ilustración: Gaspar Diestri.

La batalla solidaria. Sobre el Ejército de Salvación. ► Patricia Suárez. ► Fotos: Alfredo Celoria.

Mirko desde la moviola. Perfil de Buchin. ► Rodolfo Pacheco. ► Fotos: César Arfélez.

Y usted, ¿de qué se rie? El humor de Rosato bajo la lupa. ► Orlando Verma.

La segunda oportunidad. Relato. ► Manuel López de Tejada.

Pa'l diario trajin. Relato. ► Martín Navarro.

Diario de estos días (Gabriela De Cicco). De fascinación (Aldo Oliva). Razones de la crítica (Alberto González) y El arte de perder (Mirta Rosenberg). Crítica, libros. ► Martín Prieto.

Mortadela Rancia, Planeta X, Coky & The Killer Buzitos y La Bolsa en Vivo. Crítica, discos. ► Carolina Taffoni.

Juan Grell G., Pedro Giacaglia, Adolfo Negro y Raúl Gómez. Crítica, plástica. ► Beatriz Vignoli.

La Misión del Marino. Sitios. ► Fotos: Néstor Jancos.

Agenda y reseña.

Las ilustraciones del número 14 fueron realizadas por Florencia Balestra, las del 15 por Michele Squot, las del 16 por Silvia Lenardón y las del 17 por Pedro Sinopoli.

EDITORIAL MUNICIPAL DE ROSARIO



*Bajo la quieta luz
de un farol*
Delia Crochet

Primer Premio Concurso
Municipal «Manuel Musto»
de Cuento 1998



Abollando papeles
Marcela Atienza

Segundo Premio Concurso
Municipal «Manuel Musto»
de Cuento 1998



*La enseñanza de la
Lengua en la escuela
primaria*
Olga Cossettini

EDICIONES MUSICALES ROSARINAS



Chacho Muller
Monedas de Sol



Bandas en puerto
El regreso del Coelacanto
Degrade
Potente vs. picante
La Montecarlo
Hijos del Reyna
Abrepuertas

Premio Producción
Ediciones Musicales
Rosarinas 1998

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

:e(m)r;

En venta en librerías y disquerías de la Ciudad
y en el stand de la Editorial Municipal de Rosario y UNR Editora, peatonal Córdoba y Corrientes

CONICET

I E C H

#18



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

CONICET  Estación F. C. y R.

I E C H